

Juan Bautista
Alberdi

y la unidad nacional

A 200 años de su nacimiento



1810 - 2010

Paris, 3 de febrero, 1845

Señor Don Carlos Casavall

Muy

Carta

erita

me

Que a

bio

Que todo le explicaba satis

toriamiento. Le agradezco su

atención de remitirme un

Duplicado de su letra de la

Juan Bautista

Alberdi

y la unidad nacional

A 200 años de su nacimiento



1810 - 2010

Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires

Jefe de Gobierno
Mauricio Macri

Ministro de Cultura
Hernán Lombardi

Subsecretaria de Cultura
Josefina Delgado

Directora General de Patrimonio
e Instituto Histórico
Liliana Barela

Paredes, Daniel Alfredo

Juan Bautista Alberdi y la unidad nacional : a 200 años de su nacimiento 1810-2010 / Daniel Alfredo Paredes ; coordinado por Lidia González ; dirigido por Liliana Barela. - 1a ed. - Buenos Aires : Dirección General Patrimonio e Instituto Histórico, 2010.

144 p. ; 22x20 cm.

ISBN 978-987-1642-08-3

1. Historia Argentina. I. González, Lidia, coord. II. Barela, Liliana, dir. III. Título CDD 982

Fecha de catalogación: 17/08/2010



**Patrimonio e
Instituto Histórico**

© 2010 Dirección General Patrimonio e Instituto Histórico
ISBN 978-987-1642-08-3

Dirección General Patrimonio e Instituto Histórico
Av. Córdoba 1556, 1º piso (C1055AAS) Buenos Aires, Argentina
Tel. 54 11 4813-9370 / 5822
Correo electrónico: ihcba@buenosaires.gov.ar

Dirección editorial
Liliana Barela

Coordinación de la investigación
Lidia González

Investigación y textos
Daniel A. Paredes

Supervisión de la edición
Lidia González
Rosa De Luca

Edición y corrección
Marcela Barsamian
Nora Manrique
María De Luca

Diseño editorial
Fabio Ares

Agradecimientos
Julio Moyano, Lidia González, Rosa De Luca, Fabio Ares, Marcela Barsamian, Nora Manrique, Susana Sprovieri, Miriam Ponzí, Estela Adra

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723.
Libro de edición argentina. Impreso en la Argentina.

No se permite la reproducción total o parcial, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

PRÓLOGO

El 20 de julio de 1960 se dispuso la creación del *Museo, Biblioteca y Salón de Conferencias “Juan Bautista Alberdi”* con el principal objetivo, de acuerdo con la ordenanza municipal, de “fomentar la difusión de las ideas del ilustre pensador”. Sus tareas primordiales serían: organizar conferencias y exposiciones, agrupar bibliografía y documentos de Alberdi y relacionados con él, e impulsar investigaciones sobre historia constitucional. Cuatro años más tarde, ese organismo pasó a la órbita del Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires.

Actualmente, uno de los servicios ofrecidos por la Dirección General Patrimonio e Instituto Histórico es la Biblioteca “Juan Bautista Alberdi” que contiene toda su obra y una cantidad muy importante de textos sobre él y sobre su producción (se encuentran a disposición del público más de 150 volúmenes). También es necesario destacar la adquisición en subasta que llevó a cabo el Ministerio de Cultura de un conjunto de cartas escritas por Alberdi, en Francia, y que forman parte del acervo de la DGPeIH.

En este libro, además de reproducirse esa correspondencia y un detalle del contenido de la biblioteca “Alberdi”, se transitan dos caminos: la marcha hacia la formación y consolidación del Estado nacional y el aporte realizado por uno de nuestros más brillantes pensadores a ese proceso histórico.

Con motivo de cumplirse el 29 de agosto de 2010 el bicentenario del nacimiento del autor de *Bases y puntos de partida...*,

la Dirección General Patrimonio e Instituto Histórico decidió la publicación de *Juan Bautista Alberdi y la unidad nacional*. Esta iniciativa pretende ser un reconocimiento al primero de nuestros pensadores que asoció, y que no abandonó a lo largo de su obra, los términos filosofía y nación; consciente de que la única forma de ingresar a la “universalidad” era si respetábamos nuestra “particularidad”. Una nación es un espacio que se reconoce a sí mismo a través de la filosofía.

El resultado de la batalla de Caseros (3 de febrero de 1852), no solo supuso el triunfo de Justo José de Urquiza sobre Juan Manuel de Rosas sino que expuso una nueva forma de relación entre la provincia de Buenos Aires y el interior. Sin lugar a dudas, una relación conflictiva, una lucha por el poder y por la preservación de privilegios y, también, por la búsqueda de una nueva institucionalidad.

En Chile, pero consciente del momento histórico que estaba viviendo su patria, Alberdi se vuelca afanosamente a trabajar en lo que será el tronco ideológico y programático de la Constitución de 1853: *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*.

Como aporte al nuevo proceso instaurado por Caseros, Alberdi le envía un ejemplar de esa obra al general Urquiza y, refiriéndose a este texto, le comenta lo siguiente: “En él no hay nada mío, sino el trabajo de expresar débilmente lo que pertenece al buen sentido general de esta época y a la experiencia de nuestro país. Deseo ver unida la gloria de Vuestra Excelencia a la obra de la Constitución, pero

para que ambos se apoyen mutuamente, es menester que la Constitución repose sobre bases poderosas”.

Germán Bidart Campos, un importante constitucionalista, sostiene con acierto que “detrás del constituyente del 53 está Alberdi, detrás de Alberdi el proceso histórico multifacético que con sentido de equilibrio y realismo, le permitió pensar la mejor organización posible para una realidad difícil”.

Liliana Barela





Juan Bautista Alberdi, 1851.

INTRODUCCIÓN

La resolución de la batalla de Caseros en 1852 logró cuestionar el papel hegemónico de la provincia de Buenos Aires y, como consecuencia directa, su vinculación con las provincias del interior.

A partir de allí, el país emprende su definitiva estructuración capitalista bajo la dirección de fuerzas sociales y económicas que, en muchos casos, se habían generado o desarrollado durante el proceso anterior. La discusión entre Caseros y Pavón, o entre Buenos Aires y la Confederación, radica en cuál de esas fuerzas llevaría la voz cantante en todo el proceso posterior que desembocará en el ascenso del general Roca en la presidencia de la Nación.¹

Tras la negativa de encolumnarse con las otras provincias en el marco del Acuerdo de San Nicolás de 1852, Buenos Aires se separa del resto de las provincias, hecho que genera casi una década de poder bifronte. La secesión entre la Confederación Argentina y la provincia de Buenos Aires marca un hito histórico en relación con la construcción del Estado nacional.

En ese amplio territorio existían espacios de poder a nivel local o regional, pero no un poder central representativo y que expresara al conjunto. La organización del Estado representaba una cuestión compleja y delicada, ya que el trasvasamiento de esa o de esas autoridades provinciales a un ámbito nacional, era motivo de profundo conflicto.

Esta situación, por la multiplicidad de protagonistas y los efectos jurídico-políticos que de ella derivaron, motivó un abundante tratamiento historiográfico.

Hemos abordado aquí el análisis de la propuesta superadora a esta situación de desintegración territorial realizada por uno de los intelectuales argentinos más importantes del siglo XIX, Juan Bautista Alberdi, y sobre aquellos primeros intentos de avanzar en una organización nacional, que no es otra cosa que la constitución de un Estado centralizado (en términos modernos, Estado unificado), objetivo que ocupó gran parte de la vida del publicista tucumano.

La figura de Alberdi a lo largo de este conflicto excedió su papel de intelectual. No solo vemos en él a un académico comprometido, a un profesional del Derecho, sino también a un hombre convencido de una causa a la que abraza y defiende sinceramente con responsabilidad ciudadana. Su actuación en el país y su periplo europeo en relación con la cuestión de la integración territorial serán los ejes de esta tarea.

En *Elementos del Derecho Público Provincial Argentino*, Alberdi es muy claro acerca de la necesidad de impulsar en consonancia la organización provincial y la general del país para arribar al objetivo mayor que es la estructuración del Estado. Aseguraba que, curiosamente, esta temática no figuraba entre las prioridades de los partidos políticos tradicionales, ni del Partido Federal ni del Unitario. En este sentido también se planteó otro tipo de enfrentamientos que excede al “clásico” federales contra unitarios o, para ser más precisos, la presentación de otros núcleos que agrupaban intereses compartidos y que, en la mayoría de los casos, eran intereses vinculados con un conjunto diverso de cuestiones.²

La consagración de la Constitución Nacional de 1853 brindará un nuevo marco jurídico institucional; esta trama de legalidad tuvo una relación directa con el nuevo orden político y con la construcción progresiva del Estado-Nación.

La vida de Alberdi, nacido el 29 de agosto de 1810 en el seno de un hogar liberal, demuestra una personalidad ávida y poco complaciente. Un intelectual que exhibió intereses

Los constituyentes
de 1853, óleo de
Antonio Alice.



polifacéticos: la música, la literatura, la filosofía, el derecho, el periodismo y la política. En la mayoría de los casos, todos ellos asociados o relacionados con su patria.

Fue un integrante destacado de la Generación del 37, un grupo de intelectuales que conformó una propuesta y una visión de la política nacional. Su talento jurídico se evidenció desde muy joven, en 1837 escribió *Fragmento preliminar al estudio del Derecho*, donde aparecen dos categorías que acompañarán toda la obra del autor: filosofía y Nación.

No fue un intelectual de “escritorio” ni un teórico “ermitaño”, sino que impulsó un conjunto de ideas, enmarcadas en la acción política.

José Pablo Feinmann sostiene:

Alberdi es el primer pensador hispanoamericano que se pregunta por las condiciones de posibilidad de una filosofía para nuestro continente. Y es, sin duda, un inmenso mérito suyo haber encontrado el punto de partida de esta filosofía en el terreno de la acción histórica, social y política.³

En *Juan Bautista Alberdi y la unidad nacional* presentamos el marco político en el que se desarrolla su obra. Incluimos los textos donde expresa sus propuestas, sus críticas y también sus desencantos. Alberdi analiza el estado de crisis permanente del país, los intereses político-económicos que cristalizaban esta situación y cuál sería la propuesta superadora para este problema: la unidad nacional.

Además agregamos dos anexos: una breve referencia sobre la Biblioteca Alberdi perteneciente origen al Instituto Histórico

de la Ciudad y una selección de cartas y de notas originales manuscritas por Alberdi que forman parte de la colección de la Dirección General Patrimonio e Instituto Histórico.

Daniel A. Paredes

El autor es Lic. en Ciencias Políticas, profesor de Historia, periodista. Integrante del Área Investigaciones de la DGPeIH. Autor de artículos y textos sobre historia argentina.

Notas

1. James Scobie, *La lucha por la consolidación de la nacionalidad argentina, 1852-1862*. Buenos Aires, Hachette, 1964.
2. "(...) cuando los clivajes que dividían a la sociedad argentina ya no admitían como referencias a la oposición entre 'unitarios' y 'federales', es quizás la mejor demostración de que una cabal interpretación de las guerras civiles que por tanto tiempo impidieron la formación de un Estado nacional, debe incorporar otras variables que han sido menos exploradas. En especial interesa considerar: 1) los significados alternativos que tuvo la llamada cuestión nacional para las distintas regiones, intereses y fracciones en pugna, a la luz de las transformaciones que se iban produciendo en el plano de la actividad económica; 2) el sentido que adquiría desde

el punto de vista de la instauración de un sistema de dominación estable, la cuestión del orden y la desagregación en los diversos planos de relación social; 3) los recursos administrativos y fiscales disponibles para constituir la base material del aparato institucional del Estado, y su debilidad frente a las exigencias del proceso de transformación social y la correlación de fuerzas políticas existentes; y 4) el juego de alianzas que permitió finalmente sentar las bases políticas e institucionales de un Estado nacional." Oscar Oszlak, *La formación del Estado argentino*. Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1982, pp.38-39.

3. José P. Feinmann, *Filosofía y Nación*. Buenos Aires, Legasa, 1982, p.87.



Batalla de Caseros, AGN.

Caseros.
Un final, un principio

*“Ni vencedores
ni vencidos”*



General Justo José de Urquiza, MHN.

En un periódico de la localidad entrerriana de Concepción del Uruguay, *La Regeneración*, del 5 de enero de 1851, se publicó un artículo titulado “El año 1851”, que expresaba los propósitos del general Justo José de Urquiza de separar a la provincia de Entre Ríos de la Confederación Argentina.¹

Brasil estaba muy interesado en avanzar en una alianza estratégica con Urquiza, entendía que era un socio indispensable para poder cumplir con algunos objetivos transnacionales, pero le hizo saber al líder del Litoral que existía una exigencia previa a cualquier acuerdo, y esa imposición era que rompiera públicamente sus relaciones políticas con el gobernador de la provincia de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas.²

El general Urquiza tomó conocimiento de esta exigencia por vía diplomática y actuó en consecuencia. El Gobierno de Entre Ríos firmó el 1º de mayo de 1851 un decreto por el que renunciaba al Pacto Federal de 1831.³ Esta decisión fue el primer paso dado en el camino del enfrentamiento definitivo.

La alianza con el Imperio de Brasil se formalizó el 29 de mayo. Entre Ríos (en nombre propio y representando también a la provincia de Corrientes) firmó con Brasil y la República Oriental del Uruguay un tratado de cooperación mutua. Este acuerdo estableció como uno de sus objetivos primordiales expulsar a Manuel Oribe (aliado de Rosas) que estaba sitiando Montevideo. Pero en el artículo 15º se establecía el compromiso de declarar la guerra al Gobierno de Buenos Aires si éste se la declaraba a cualquiera de los aliados. La ruptura de las relaciones entre Brasil y Buenos Aires hacía inminente el enfrentamiento.

El gobernador bonaerense, representando a la Confederación, el 18 de julio firmó el decreto, a través del cual se declaraba formalmente la guerra a Brasil. Ese mismo día, Urquiza inició su campaña contra Oribe, quien uniendo a sus fuerzas otras provenientes de Brasil, sin muchos esfuerzos, logra hacer capitular al sitiador el día 8 de octubre. Es preciso señalar que el vencedor

Urquiza no interfirió en el proceso político que siguió al levantamiento del sitio de Montevideo, el verdadero objetivo militar se encontraba en la otra orilla del Plata.

El 21 de noviembre, Entre Ríos, Corrientes, Brasil y el Estado Oriental, firmaron un nuevo tratado de alianza para “liberar al pueblo argentino de la opresión que sufre bajo la dominación tiránica del gobierno de Juan Manuel de Rosas”; era la guerra de la Confederación. En ese mismo tratado se establecían las obligaciones de cada uno de los aliados y el compromiso de establecer la libre navegación de la cuenca del Plata para sus firmantes (verdadero interés de los brasileños compartido, por cierto, por otras provincias de la Confederación, como Entre Ríos y Corrientes, que veían con recelo el accionar protagónico y excluyente de la aduana porteña).⁴

Brasil aportaría a esta empresa la escuadra, dos grupos de artillería, un regimiento de caballería, 3000 hombres de infantería y 100.000 pesos fuertes mensuales para financiar operaciones. Los aliancistas invitaron a formar parte de este grupo a Paraguay pero el mandatario guaraní Carlos Antonio López se negó a asociarse.⁵

Justo José de Urquiza ordenó sus fuerzas en las cercanías de Diamante. Una nutrida columna de soldados provenientes de Brasil se recostaba sobre el río Uruguay; estaba preparada para ingresar a combatir, si las circunstancias lo requerían.

El ejército comandado por el líder entrerriano siguió su marcha hacia Buenos Aires. Vale la pena señalar que las fuerzas del brigadier general Juan Manuel de Rosas eran equivalentes o mayores aún a las de los invasores. El grueso de esas tropas quedó en manos del general Ángel Pacheco, quien por motivos que no han quedado bien claros, renuncia a la jefatura y el entonces gobernador bonaerense debe tomar la comandancia general de todas las fuerzas concentradas en la zona del Palomar de Caseros.

El 3 de febrero de 1852, a las 9 de la mañana, se inicia la batalla decisiva de Caseros, donde Rosas enfrenta con 22.000 hombres y 60 piezas de artillería a Urquiza, que cuenta con 24.000 hombres y 50 cañones. El ejército aliado arrolla a la Confederación y lo más notable del encuentro es el dueto de artillería que se entabla. Poco antes de concluir la batalla y cuando ya su derrota es segura, Rosas se aleja del campo rumbo a La Matanza con un pequeño contingente. Perseguido por una fuerza aliada, consigue rechazarla, pero es herido de un balazo en el dedo pulgar de la mano derecha. Ordena entonces a sus soldados que se dispersen y con la sola compañía de su asistente, Lorenzo López, llega al Hueco de los Sauces, próximo a la actual plaza Constitución, donde redacta, con lápiz y un papel que apoya sobre una de sus rodillas, la renuncia a su cargo, dirigida a la Junta de Representantes de Buenos Aires. Inmediatamente, prosigue la marcha y solicita asilo a Robert Gore, encargado de negocios de Inglaterra, quien esa misma noche, lo conduce sin inconvenientes, junto a sus hijos Manuelita y Juan, a la fragata Centaur. Cuatro días después trasbordan al barco mercante Conflict, que ha de llevarlos a Inglaterra.⁶



Juan Manuel
de Rosas.

Desde el atardecer del día 3 hubo desmanes en Buenos Aires, algunos cometidos por soldados derrotados en retirada, otros por vencedores que actuaban como avanzadas y otros por los oportunistas de siempre.

Relata Adolfo Casablanca:⁷

Es posible que Mansilla, jefe militar de la plaza, hubiera restaurado el orden pero Urquiza no le dio oportunidad; tras fusilar en el campo de batalla a algunos prisioneros y mandar ejecutar en masa a la llamada división Aquino,⁸ envió un cuerpo de caballería a la ciudad donde fusiló a varios cientos de presuntos saqueadores; esta fue una verdadera jornada de terror *justificada* en la defensa de la paz pública.

Con esta demostración de fuerza, el general Urquiza hizo saber quién mandaba en Buenos Aires, pero el vencedor que era parte de una alianza debía satisfacer también a sus asociados. Los más exigentes en procura de posiciones ventajosas fueron los antiguos exiliados, quienes se sentían con derecho legítimo a pugnar por cargos relevantes dentro del gobierno en formación, pero su número no era tan importante para acceder a tamaña demanda y, por sobre todo, existía otra razón fundamental: su poder militar era, prácticamente, inexistente.

Los antiguos federales del Litoral, más cercanos al general entrerriano, contaban con el respaldo de las fuerzas acantonadas en las puertas de Buenos Aires y con el apoyo inestimable de los gobernadores del interior. Los federales porteños tendrían que elegir entre los exiliados y los federales de Urquiza. Tanto la Confederación como el Partido Federal se habían quedado sin conductor, lugar que fue ocupado por el vencedor de Caseros.

Luego de que la calma se impusiera en Buenos Aires por el uso de la fuerza, el general Urquiza decretó una amnistía y reeditó su postura: “ni vencedores, ni vencidos”.⁹

Como ya se ha establecido, la derrota y caída de Juan Manuel de Rosas había dejado a la provincia de Buenos Aires acéfala y, debido a ello, una de las primeras preocupaciones de Urquiza fue precisamente buscar una solución a este problema; para ello, el 4 de febrero designó gobernador provisional al doctor Vicente López y Planes, quien se había desempeñado como presidente del Tribunal Supremo bonaerense en épocas del gobierno “rosista”. Pero al mismo tiempo que tomaba esta medida, y con el objetivo de descomprimir la situación política reinante, convocaba al pueblo para que mediante elecciones dispusiera quién habría de gobernarlo.

Con vistas a consolidar su poder y con la meta de estructurar un andamiaje institucional, una de las primeras decisiones gubernamentales que tomó Urquiza fue la firma del “Protocolo de Palermo” (6 de abril de 1852).

Acompañaron la firma del vencedor de Caseros, la del gobernador provisorio de Buenos Aires, Vicente López y Planes; la del gobernador de Corrientes, Benjamín Virasoro, y la de Miguel Leiva (en representación del gobernador de Santa Fe, Domingo Crespo). En el primer párrafo del documento queda explícito su objetivo:

(...) para considerar la situación presente de la República, después de la caída del Poder dictatorial ejercido por el ex Gobernador Don Juan Manuel de Rosas, y ocurrir á la necesidad más urgente de organizar la autoridad que, en conformidad á los pactos y leyes fundamentales de la Confederación la representa en sus relaciones externas con las demás Potencias amigas, con las que tiene que mantener y cultivar los vínculos de amistad que las unen y además promover otros arreglos proficuos á esas mismas relaciones, contrayendo compromisos útiles que las cimenten (...).¹⁰

En este pacto también se realizó la convocatoria a las otras provincias integrantes de la Confederación para participar en una reunión que se desarrollaría en San Nicolás de los Arroyos. Otro punto, por cierto no menos trascendente, fue depositar en manos del general Urquiza la conducción de las relaciones exteriores.

Antes de seguir avanzando con otros puntos, es considerado indispensable, para una mejor comprensión, delinear brevemente cuál era el “mapa” político de la provincia de Buenos Aires en estos momentos:

En abril de 1852 se había producido una verdadera redistribución de la ciudadanía. Se formó un primer grupo que podemos llamar urquicista o federal entre los que se contaron Francisco Pico, Vicente Fidel López, Vicente López y Planes, Marcos Paz, Hilario Lagos, Juan María Gutiérrez, etc. Son los hombres que van a apoyar el Acuerdo de San Nicolás y la unión lisa y llana de Buenos

Aires a la Confederación... encontramos entre ellos a los federales auténticos.¹¹

Otro grupo –donde se reunieron Carlos Tejedor, los Obligado, José Mármol, Adolfo Alsina, todos en torno de Valentín Alsina– respondían al más crudo provincialismo y sostenían las libertades de Buenos Aires a toda costa: desde San Nicolás fueron aislacionistas e inmediatamente después segregacionistas, que no se apuraban por ver reconstruido el Estado nacional.

El tercer grupo respondía a la iniciativa de Bartolomé Mitre, a quien seguían Domingo Sarmiento, Elizalde y otros, y por cierto tiempo Vélez Sarsfield. Eran nacionalistas, o sea, partidarios de la organización nacional; se declararon adeptos al sistema federal y proclamaron que Buenos Aires debía ser la cabeza y la inspiración de esa organización federal. No es casual que dos ex rosistas –Rufino de Elizalde y Dalmacio Vélez Sarsfield– militaran en este grupo, cuyo programa, dejando de lado su liberalismo y su deseo de institucionalizar la organización nacional, coincidía con el de Rosas.

Volviendo al tema de las elecciones convocadas por Urquiza, de donde debían surgir los miembros de la Sala de Representantes, quienes, a su vez, decidirían el nombre del nuevo mandatario, la votación se llevó a cabo el 11 de abril de 1852.

El 12 de abril, Justo José de Urquiza juró por los Santos Evangelios cumplir con lo acordado en el Protocolo de San Benito de Palermo.

El Acuerdo de San Nicolás

El 13 de mayo de 1852, la Sala de Representantes elige a López y Planes gobernador de la provincia de Buenos Aires. El resultado de la votación fue un contundente respaldo: 33 votos favorables sobre un total de 38 votantes. Vale la pena señalar que existió una reunión, días previos a la votación, en la que estuvo presente

Urquiza y donde sus colaboradores presionaron para direccionar la votación a favor del gobernador provisorio; la resistencia inicial de los diputados bonaerenses no urquicistas fue vencida, como quedó demostrado en la Sala de Representantes:

(...) el día 10, el diputado Pico presentó el proyecto de nombrar a Urquiza “encargado de las relaciones exteriores, negocios de paz y guerra y en general de todos aquellos que compitan a la autoridad nacional”, considerado por la Comisión de Negocios Constitucionales presidida por Vélez Sarsfield, se aconsejó rechazarlo y aprobar solo en voto gracia, temperamento que fue aceptado por unanimidad el 16 de mayo. Más allá de las antiguas divisiones, federales y unitarios, se habían unido en defensa de las prerrogativas de la provincia que por este acto se negaba a delegar. La actitud adoptada era tanto más seria puesto que esta delegación ya le había sido conferida a Urquiza por las provincias de Entre Ríos, Corrientes y Santa Fe y ratificada personalmente por el gobernador de Buenos Aires.¹²

Se comienzan a dar los primeros pasos para que salga a la luz el trascendente acuerdo. El 20 de mayo se realizó la primera reunión en la localidad de San Nicolás, allí se encontraron representantes de las provincias de Buenos Aires, Entre Ríos, Santa Fe, Corrientes, San Luis, Mendoza, San Juan, Catamarca, La Rioja, Tucumán y Santiago del Estero. Los gobernadores de Córdoba, Salta y Jujuy suscribieron el acuerdo posteriormente.

En estos primeros encuentros, el correntino Juan Gregorio Pujol presentó y defendió aquel proyecto que había dado a conocer en Palermo. Transitando la vereda opositora, la propuesta de Vélez Sarsfield es presentada por Pico. Las posiciones encontradas no facilitaban el arribo de acuerdos y, debido a esta persistencia en el enfrentamiento, el general Urquiza propuso que se tuvieran en cuenta ambos proyectos y los puntos más sobresalientes

de las discusiones que se estaban dando en ese momento y que se generara un proyecto superador.

Manuel Leiva, Pujol, Pico y López formaron la comisión en la que existía unanimidad de opiniones sobre la reunión de un congreso constituyente y la formación de un gobierno provisional. De esta manera surgió el nuevo proyecto que no trataba la cuestión Capital, pero sí la investidura de los poderes nacionales.¹³

El 31 de mayo se firmó el acuerdo. En la introducción se establecía cuáles eran los motivos y a qué apuntaba el contenido del convenio:

Teniendo por obgeto acercar el día de la reunión de un Congreso General, que con arreglo á los tratados existentes, y al voto unánime de todos los Pueblos de la República ha de sancionar la constitución política que regularise las relaciones que deben existir entre todos los Pueblos Argentinos como pertenecientes á una misma familia; que establezca y defina los altos poderes Nacionales y afianze el orden y prosperidad interior y la respetavilidad exterior de la Nación.¹⁴

Se estableció como ley fundamental de la República el Pacto Federal de 1831; se señalaba que sería “religiosamente observado en todas sus cláusulas”. En el artículo 5º queda postulada la paridad de las provincias:

Siendo todas las provincias iguales en derecho como miembros de la Nación, queda establecido que el Congreso Constituyente se formará con dos Diputados por cada provincia.

Pero serían los artículos 15º y 19º los que causarían mayor revuelo en Buenos Aires, ya que estos se relacionaban con cuestiones muy sensibles: el mando del Ejército y el tema aduanero.

(...) queda acordado que el Excmo. Señor General Justo José de Urquiza, en el carácter de general en jefe de los ejércitos de la Confederación, tenga el mando efectivo de todas las fuerzas militares que actualmente tenga cada Provincia, las cuales serán consideradas desde ahora como partes integrantes del ejército nacional. (Art. 15º)

Para sufragar á los gastos que demande la administración de los negocios nacionales, declarados en este Acuerdo, las Provincias concurrirán proporcionalmente, con el producto de sus Aduanas exteriores, hasta la instalación de las autoridades constitucionales, á quienes exclusivamente competirá el establecimiento permanente de los impuestos nacionales. (Art. 19º)

Hasta que se dictara la Constitución Nacional, se nombraba al general Urquiza como Director Provisorio de la Confederación Argentina, encargado de conducir sus relaciones exteriores.

En Buenos Aires, el contenido de este acuerdo generó un tembladeral político, los intereses bonaerenses no habían sido respetados, o por lo menos así era vivido por el sector dirigen- cial porteño. El 21 de junio se inició el debate para la apro- bación o el rechazo en la Legislatura. En ese ámbito se pro- dujeron los alineamientos esperados: Dalmacio Vélez Sarsfield, Bartolomé Mitre, Luis Domínguez y Montes de Oca fueron algunos de los encargados de criticar el contenido del acuerdo y, por otro lado, los ministros del Ejecu- tivo Vicente Fidel López, Juan María Gutiérrez y Benjamín Gorostiaga fue- ron los voceros encargados de la de- fensa y de remarcar la trascendencia histórica del mismo.

Reunión de goberna-
dores en San Nicolás.
Óleo de Rafael Villar.



Mitre sostenía que el federalismo era la base natural de la reorganización del país, afirmaba que la organización federativa no solo era la única posible, sino que se trataba de la más racional y que era necesaria la realización de un congreso constituyente para avanzar en la organización nacional. Su oposición al acuerdo en cuestión se basaba en lo que consideraba era un exceso de facultades puestas en manos de Justo José de Urquiza y en que, descontaba, el contenido del acuerdo socavaría la posición predominante de la provincia de Buenos Aires.

La mayoría de los legisladores porteños terminaron desechando lo acordado en San Nicolás. Esto produjo un conjunto de decisiones políticas de alto voltaje: la renuncia del gobernador bonaerense doctor López y Planes, Urquiza resuelve disolver la Legislatura y reponer en el puesto al mandatario renunciante, y dispone la nacionalización de las aduanas.

Revolución del 11 de septiembre de 1852

Transcurrido un mes de los hechos señalados, el titular del gobierno bonaerense renuncia a su cargo y es cuando el general Urquiza toma el mando del timón hasta que se regulariza la situación provincial. Medidas como la clausura de periódicos e imprentas, el encarcelamiento y la deportación de opositores, tomadas en un primer momento, fueron seguidas por otras de tinte “progresista”, como, por ejemplo, el impulso de comisiones para la elaboración de los códigos civil, comercial y penal; la abolición de la pena de muerte por razones políticas; la firma de importantes convenios con el extranjero y la instauración de la Municipalidad de Buenos Aires.

El día 8 de septiembre, el Director Provisorio se trasladó a la provincia de Santa Fe con el objetivo de presidir la apertura de las sesiones del Congreso Constituyente. En Buenos Aires, el descontento porteño terminó de corporizarse y puso en marcha

un plan de desestabilización que se venía gestando desde hacía algún tiempo. El general José María Pirán, en la noche del 10 al 11 de septiembre, encabeza la sublevación de la que también fueron protagonistas Madariaga, Hornos y Tejerina. Las primeras medidas dispuestas por esta revuelta fueron el reestablecimiento de la Legislatura que había sido disuelta y la designación del general Manuel Pinto como nuevo responsable del gobierno bonaerense.

La revolución mantenía la alianza de los dos grupos porteños: el nacionalista y el aislacionista... pero las leyes del 21 y 22 de septiembre la concretaron [la ruptura con Urquiza] en forma muy favorable a los aislacionistas: se desconoció al Congreso Constituyente como autoridad nacional válida; se declaró que su base, el Acuerdo de San Nicolás, no había sido aceptado por la provincia; que la elección de sus diputados a aquel Congreso se había hecho bajo el imperio de la fuerza, y se ordenó el regreso de aquellos diputados. Por último, se retiró a Urquiza el encargo de mantener las relaciones exteriores, en cuanto a la provincia, encargo que esta reasumía por sí.¹⁵

Los resultados inmediatos de este accionar fueron la desvinculación de la provincia de Buenos Aires de la Confederación, la que pasó a considerar el territorio bonaerense como potencia extranjera en lo relativo al comercio. Los porteños enviaron misiones especiales al interior para explicar los alcances de la decisión tomada y la posición del gobierno local. El resto de las provincias tomó partido por la figura del general Urquiza.

El 31 de octubre fue electo como gobernador bonaerense Valentín Alsina, quien designó ministro de Gobierno y de Relaciones Exteriores a Bartolomé Mitre. Este tándem trazó líneas de acción política con el objetivo de resquebrajar el respaldo de los territorios provinciales a Urquiza, pero los rápidos reflejos del entrerriano y un levantamiento militar desde el centro de la provincia modificaron la estrategia de los bonaerenses.

El comandante general del centro de la provincia, coronel Hilario Lagos, se sublevó el 1º de diciembre de 1852 apoyado por la población de la campaña y un grupo de federales porteños. Los rebeldes declararon su fidelidad al Congreso Constituyente y su objetivo inmediato era que la provincia de Buenos Aires volviera a formar parte de la Confederación. El coronel Lagos, al mando de sus fuerzas, se trasladó desde la campaña y sitió la ciudad.

Fue un sitio que se prolongó en el tiempo y Buenos Aires no daba señales de agotamiento; Lagos no conseguía doblegar la voluntad y la fortaleza de una ciudad bien pertrechada. Teniendo en cuenta esta situación, el Congreso de Santa Fe recomendó al general Urquiza establecer los mecanismos necesarios para lograr la pacificación.

Las negociaciones emprendidas por las partes no dieron resultados positivos y en vistas de este estancamiento, el responsable de la Confederación acudió con sus tropas a reforzar el sitio y mandó bloquear el puerto con una flota. Ante esta problemática situación, Buenos Aires recurrió a mecanismos alejados de las artes militares y diplomáticas: puso en marcha una millonaria campaña de sobornos que logró doblegar la voluntad de los sitiadores.

El 20 de junio, el principal responsable de la escuadra entregó la flota de la Confederación a los porteños y las tropas terrestres abandonaron sus puestos de lucha. Ante esta situación de desarme, el 13 de julio de 1853 el general Urquiza decide

Bartolomé Mitre,
daguerrotipo, MHN.



decretar la finalización del sitio a la ciudad de Buenos Aires y dar por terminado el conflicto.

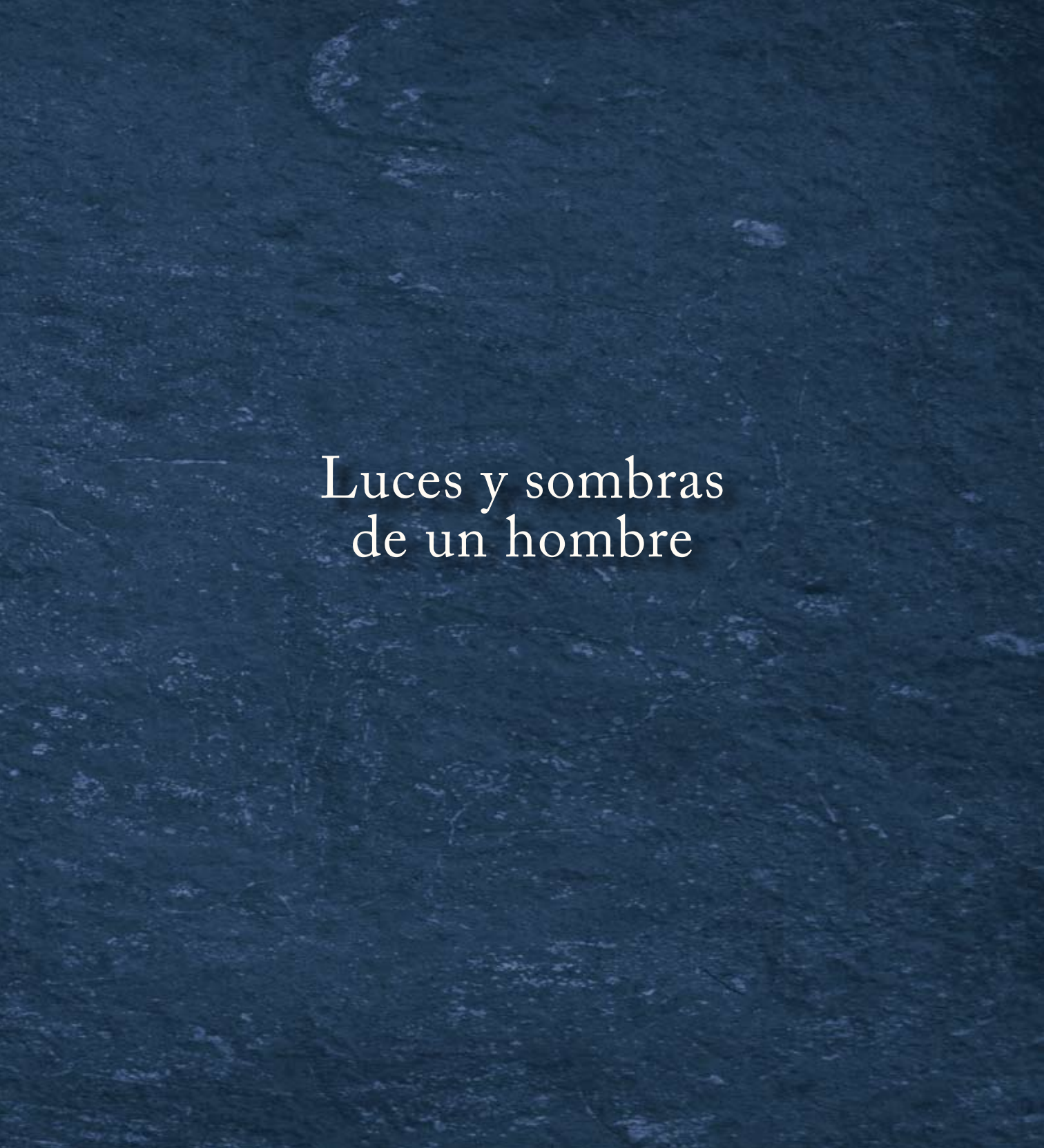
La segregación de Buenos Aires se había consumado, y se materializaría menos de dos años después en un texto constitucional, donde triunfaría la tendencia aislacionista impulsada por Alsina, Tejedor y Anchorena. Allí se proclamó que Buenos Aires era un Estado con el libre ejercicio de su soberanía interior y exterior.¹⁶

Notas

1. F. Sabsay y A. J. Pérez Amuchástegui, *La Sociedad Argentina. Génesis del Estado argentino*. Buenos Aires, Fondo Editorial de Derecho y Economía, 1973.
2. J. Scobie, *La lucha por la consolidación de la nacionalidad argentina (1852-1862)*. Buenos Aires, Hachette, 1964.
3. Este pacto se firmó el 4 de enero de 1831; su artículo primero quedó redactado de la siguiente manera: "Los gobiernos de Santa Fe, Buenos Aires y Entre Ríos ratifican y declaran en su rigor y fuerza los tratados anteriores celebrados entre los mismos gobiernos en la parte que estipulan paz firme, amistad y unión estrecha; reconociendo recíprocamente su libertad, independencia, representación y derechos". Contenía un total de 17 artículos donde se establecieron cuestiones diversas como: conformación de alianzas ofensivas-defensivas, libertad de tránsito para buques y cargas, exención de impuestos para importaciones y exportaciones entre las partes firmantes y accionar de las FF.AA. de una provincia en el territorio de otra.
4. "Nacionalizada la aduana de Buenos Aires, abiertos los ríos interiores a la libre navegación y organizado el tráfico comercial en todo el territorio con una participación importante de las provincias del litoral, era posible neutralizar la gravitación política de la provincia de Buenos Aires y reducir el control económico que ejercía a través de la centralización del intercambio externo en el puerto de Buenos Aires." Oscar Oszlak, *op. cit.*, p. 47.
5. La negativa del mandatario paraguayo se explica por la falta de reconocimiento a la independencia de ese país hermano, declaración de reconocimiento que Paraguay venía solicitando.
6. AA.VV., *Crónica Argentina*. Tomo 3. Buenos Aires, Codex, 1972, p. 359.
7. A. Casablanca, *El teatro en la historia argentina. Desde el descubrimiento de América hasta 1930*. Buenos Aires, HCDCBA, 1994.
8. La división Aquino estaba integrada por soldados pertenecientes a las fuerzas de Oribe que fueron incorporados por la fuerza al ejército de los aliados bajo las órdenes del coronel Pedro Aquino. Estos se sublevaron al atravesar el Arroyo del Medio, matando a su jefe para reincorporarse a las fuerzas argentinas.
9. En julio de 1851, el ejército entrerriano, comandado por Urquiza, cruzó el río Uruguay y avanzó hasta las inmediaciones del campamento del Cerrito, donde se encontraba Manuel Oribe, responsable del sitio de Montevideo. Luego de conferenciar los responsables de ambas fuerzas, el 8 de octubre firmaron un pacto de paz por el cual las fuerzas de Oribe se incorporaron a las de Urquiza y se dejó de lado todo litigio. A partir de esta decisión surgió el pronunciamiento: "ni vencedores ni vencidos".
10. Fernando Sabsay, *La Sociedad Argentina. Argentina Documental (1806-1912)*. Buenos Aires, Fondo Editorial Derecho y Economía, 1975.
11. C. Floria y C. García Belsunce, *Historia de los argentinos*. Buenos Aires, Kapelusz, 1971, p. 73.
12. AA.VV., *Historia Integral Argentina*. Tomo 2. Buenos Aires, CEAL, 1974, p.197.
13. Haydée Gorostegui de Torres, *Historia Integral Argentina*. Tomo 2, *op. cit.*, p. 202.
14. F. Sabsay, *op. cit.*, p. 489.
15. C. Floria y C. García Belsunce, *op. cit.*, p.77.
16. *Ibidem*.



Juan Bautista Alberdi, daguerrotipo, MHN.

The background is a dark blue, textured surface, possibly a book cover or a piece of paper with a grainy texture. The texture is uneven, with some areas appearing slightly lighter or more worn than others, giving it a tactile quality.

Luces y sombras de un hombre

“Ha muerto en París a la edad de 74 años, el doctor Alberdi, que por espacio de cerca de medio siglo ha llenado con sus escritos y con su nombre la prensa del Río de la Plata, proyectándose sobre él las luces y las sombras que acompañan a todo hombre de pensamiento mezclado a la acción contemporánea, para quien la pluma es un instrumento de propaganda y de lucha, que sirve a la vez a la pasión y a las ideas (...) El doctor Alberdi fue una de las más lozanas inteligencias de la generación a la que perteneció, y desde muy temprano empezó a hacerse conocer por sus cualidades de escritor”.

De esta manera, la edición del 21 de junio de 1884 del diario *La Nación* daba a conocer la muerte de Juan Bautista Alberdi.¹

Había nacido en la provincia de Tucumán el 29 de agosto de 1810. Su madre, Josefa Rosa Aráoz y Balderrama, pertenecía a una vieja y tradicional familia tucumana; Salvador, su padre, era español y un liberal admirador de Juan J. Rousseau. Por su adhesión a la causa revolucionaria, el Congreso de 1816 le había otorgado la ciudadanía.

Su madre fallece después de dar a luz a Juan Bautista y su padre muere cuando él tiene once años, quedando al cuidado de sus hermanos mayores Felipe y Tránsito.

En el año 1824 se traslada a Buenos Aires para continuar con sus estudios en el Colegio de Ciencias Morales. Allí tuvo como compañeros a Esteban Echeverría, Antonio Wilde, Vicente Fidel López, Juan María Gutiérrez y Miguel Cané, de quien se hará muy amigo.

El régimen disciplinario del colegio resultó excesivamente duro para este alumno y, debido a ello, abandona por un tiempo los estudios. Mientras se desempeña como empleado en una tienda porteña, profundiza la lectura, sobre todo de los trabajos de los pensadores europeos; también estudia música y tocaba distintos instrumentos: piano, guitarra y flauta.

Vuelve a transitar los caminos de la educación formal en 1831. Cursa la carrera de Leyes en la Universidad de Buenos Aires. Debido a lo que considera un enrarecimiento del clima político en la ciudad (como consecuencia de las políticas rosistas) se traslada a Córdoba, donde logra graduarse como bachiller en Leyes.

En 1832 escribe su primer libro: *El espíritu de la música*. En el año 1834, instalado en su provincia natal, redacta *Memoria descriptiva de Tucumán*.

Buscando ayuda para solventar sus estudios, consigue una carta de recomendación del gobernador tucumano, Alejandro



Facundo Quiroga.

Heredia. El primer mandatario provincial le escribe a su amigo Juan Facundo Quiroga a quien le pide colaboración para su com-provinciano. Alberdi se encuentra en Buenos Aires con el desta-cado caudillo, quien le aconseja que siga su perfeccionamiento académico en los Estados Unidos y se compromete con el joven a hacerse cargo de los gastos que este emprendimiento generara. En un primer momento, Alberdi se entusiasma con este proyecto, pero luego desiste de viajar al norte.

Fragmento preliminar al estudio del Derecho, una de sus obras más importantes, fue publicada en 1837. Allí realiza una porme-norizada descripción de la situación política que atravesaba el país y acerca un conjunto de propuestas para superar los problemas. Durante este año también inicia sus actividades relacionadas con el periodismo. Sus colaboraciones fueron publicadas por distintos medios de prensa, entre otros: *La Moda*, *gacetín semanal de música, poesía, literatura y costumbres*, donde firmaba bajo el seudónimo de Figarillo;² *El Iniciador*, *El Nacional*, *El Talismán*, *El Corsario* y *El Porvenir*.

En 1837, Alberdi y Esteban Echeverría junto con otros jó-venes intelectuales fundan el Salón Literario, verdadera usina de ideas y espacio de intercambio que abarcaba un amplio espectro (política, literatura, filosofía, etc.).

Debido a la decisión gubernamental de clausurar este reducto cultural en 1838, sus mismos impulsores fundaron la “Asociación de la Joven Generación Argentina”. Este sólido grupo de intelec-tuales luego fue conocido como la *Generación del 37*, movimiento que analizaremos más adelante.

En la provincia de Buenos Aires se estableció un escenario de enfrentamientos entre distintos sectores. Este clima político agitado decidió a Juan Bautista Alberdi viajar a la vecina orilla. En Montevideo, desde 1838, se dedicó con actitud activa y mili-tante al periodismo político; sus columnas, en general críticas al gobierno bonaerense, se publicaron en los periódicos *El gri-*

to argentino y en el poco sutil *Muera Rosas*. También escribió el ensayo dramático *La Revolución de Mayo* y en 1841, una pieza satírica *El gigante Amapolas*.

Viaja junto con Juan María Gutiérrez, en mayo de 1843, con destino a Europa. Su primera parada es Italia, Génova más precisamente, donde se dedica a estudiar el Derecho y las instituciones locales y el funcionamiento del Estado. Desde allí parten a Francia. En París, Alberdi logra un importante cometido: entrevistarse en dos oportunidades con el general José de San Martín.³

A fines de aquel año da por concluida su estancia en el viejo continente y se traslada a Chile, donde se radica durante 17 años.

En la ciudad de Valparaíso ejerce exitosamente su profesión de abogado y su vocación de periodista (como podemos ver en las páginas de *El Comercio de Valparaíso*).

El resultado de la batalla de Caseros —la victoria de Urquiza sobre Juan Manuel de Rosas— impulsa a Alberdi a trabajar sobre una cuestión que hacía tiempo lo preocupaba: la organización nacional. Después de meses de intenso trabajo surge una obra de trascendente importancia para el autor y para su país: *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina* que se publica en Chile, en mayo de 1852. Alberdi le envía este texto al vencedor de Caseros, con un proyecto de Constitución; el entrerriano quedó muy impactado por la obra.

En estos tiempos es cuando surge el enfrentamiento entre Juan Bautista Alberdi y Domingo Faustino Sarmiento. El sanjuanino había vuelto a Chile después de haber integrado las filas del Ejército Grande, desencantado con las posiciones de Urquiza según algunos, o por no haber podido conseguir un cargo como consejero del Presidente, según otros.

Sarmiento acusa a Alberdi de actuar como agente de la Confederación en Chile, hecho que dio inicio a una disputa entre ambos hombres que se proyectó en el tiempo.

Instalado en el valle Quillota, pretende enfrentar a Sarmiento en el plano de las ideas, evitando los cuestionamientos personales. En enero de 1853 nacen las *Cartas sobre la prensa y la política militante de la República Argentina* (más adelante conocidas como *Cartas Quillotanas*). Su contendiente no aceptó el desafío de discutir ideas y avanzó en una dura campaña de desprestigio que plasmó en *Las Ciento y una*.

Alberdi produce otras dos obras: *Sistema económico y rentístico de la Confederación Argentina* y *De la integridad argentina bajo todos los gobiernos*. En ambos trabajos ataca el régimen de monopolio y se posiciona como defensor de las teorías de David Ricardo y Adam Smith.

Al poco tiempo, Alberdi parte hacia Europa designado por Justo José de Urquiza como Encargado de Negocios de la Confederación Argentina ante los gobiernos de España, Francia, Inglaterra y el Vaticano. El 15 de abril inicia este periplo que, en realidad, tiene como primer punto Estados Unidos y concluye en París, ciudad donde se establece durante 24 años. Uno de los resultados de estos contactos se concretó en 1858, cuando Alberdi se entrevista con Isabel II, reina de España, y consigue el reconocimiento oficial de la Confederación Argentina. Pero los acontecimientos en Buenos Aires cambian el panorama político. El 17 de septiembre de 1861 se enfrentan en Pavón las fuerzas de Bartolomé Mitre con las de Justo José de Urquiza; el porteño se impuso al entrerriano y, como una de las consecuencias de esta nueva realidad, Alberdi es despedido de su puesto diplomático. Esto implicó una compleja situación para el tucumano, su posición económica era muy delicada, la Confederación le adeudaba dos años de salarios y las nuevas autoridades no reconocían esta obligación y tampoco querían hacerse cargo de su traslado a estas tierras.

Las diferencias políticas entre Alberdi y Mitre se expresaron en distintos momentos y por distintas vías, pero hubo un tema

que los colocó en un enfrentamiento definitivo: la Guerra de la Triple Alianza. Alberdi acusó al primer mandatario argentino de llevar adelante “la guerra de la triple infamia”. En 1872 escribió *El crimen de la guerra*, donde apoya la posición paraguaya y critica, con posturas muy sólidas, la posición asumida por los socios sudamericanos.

Juan Bautista Alberdi regresa recién al país el 16 de septiembre de 1879.⁴ Se entrevista de inmediato con el presidente de la Nación, Nicolás Avellaneda, y con el ministro del Interior, Domingo Faustino Sarmiento, un viejo conocido. Como parlamentario tuvo un protagonismo relevante, fundamentalmente, en los debates sobre la Ley de Federalización de Buenos Aires.

Durante su presidencia, Julio Argentino Roca impulsa la iniciativa de publicar las obras completas de Alberdi. Pero una vez más los viejos odios afloraron. Bartolomé Mitre inicia una feroz campaña desde el diario de su propiedad, *La Nación*, oponiéndose a esta iniciativa. La Cámara de Senadores de la Nación, influenciada por la posición mitrista, no solo rechaza la iniciativa de Roca, también deniega la propuesta de designación de Alberdi como embajador argentino en Francia. El 3 de agosto de 1881, cansado y decepcionado, vuelve a París y, en un pueblo cercano Nueilly-Sur-Seine, muere el 19 de junio de 1884.

El impacto de una generación

Mis lecturas favoritas por muchos años de mi primera edad fueron hechas en las obras más conocidas de los siguientes autores: Volney, Holbach, Rousseau, Helvecio, Cabanis, Richerand, Lavatter, Bufón, Bacon, Pascal, La Bruyère, Bentham, Montesquieu, Benjamín Constant, Tocqueville, Chevalier, Bastiat, Adam Smith, J. B. Say, Vico, Cousin, Guizot, Rossi, Pierre Leroux, Saint Simmon, Lamartine, Destut de Tracy, P. L. Couaier, Chateaubriand, Mme. Stael, Laménais, Jouffroy,

Kant, Merlin, Pothier, Pardessus, Troplong, Helvecio, Store, Balbi, Martínez de la Rosa, Donoso Cortés, Capmany.⁵

(...)

Por Echeverría, que se había educado en Francia durante la Restauración, tuve las primeras noticias de Lermínier, de Villemain, de Víctor Hugo, de Alejandro Dumas, de Lamartine de Byron y de todo lo que entonces se llamó el romanticismo, en oposición a la vieja escuela clásica.⁶

Más allá de estas referencias puntuales, cuya importancia, por supuesto, no puede subestimarse, se hará mención a una pertenencia que impactó centralmente en la formación y en el desarrollo de las ideas de Alberdi: el grupo de jóvenes artistas, escritores e intelectuales que conformaron la Generación del 37 que él integró.

En este sentido, es importante desarrollar una breve aproximación al contexto histórico en el que surge este movimiento intelectual al que con precisión José Luis Romero calificó como el tercer partido político (equiparando su accionar y trascendencia al de los tradicionales partidos Unitario y Federal). Según Jorge Myers, la Generación del 37 se transformó en el primer movimiento intelectual de nuestra historia que plasmó “un propósito de transformación cultural totalizador, centrado en la necesidad de construir una identidad nacional”.⁷

La Confederación Argentina estaba compuesta por un conjunto de provincias que giraban al influjo, con mayor o menor dependencia, del Estado bonaerense. Alejandro Herrero⁸ afirma que los objetivos principales de Juan Manuel de Rosas se podrían resumir en las siguientes cuestiones: consolidar la alianza de provincias que representaba la Confederación, trabajar en la prosecución del orden social y en la protección de la propiedad privada.

Herrero define la forma de gobierno rosista como una república autoritaria y explica: el gobernador Rosas logró concentrar en sus manos la suma del poder público, la Sala de Representantes

le concedió poderes extraordinarios y el gobernador lograba una importante cuota de respaldo con la realización de actos electorarios. Rosas tuvo y ejerció el poder, lo hizo, sin dudas, de una manera férrea y sin espacio, o con muy poco, para la oposición.

La libertad de expresión, la circulación de ideas, la contraposición de argumentos, la discusión con el poder no encontraron en esta etapa su mejor momento de desarrollo. La opinión pública y la opinión publicada debían ajustarse a una visión unívoca. En este momento, con espacios muy ajustados, nace y se desarrolla la acción de los hombres de la Generación del 37.⁹

Este grupo concreta su aparición pública, como ya se señaló, con la apertura de las puertas del Salón Literario en junio de 1837. La librería de Marcos Sastre, ubicada en Victoria 59 (actual H. Yrigoyen), fue el escenario donde se desarrolló esta actividad intelectual.

Las principales figuras del movimiento fueron el propio Alberdi, Esteban Echeverría, José María Gutiérrez, Domingo Sarmiento, Vicente Fidel López, Bartolomé Mitre, José Mármol y Félix Frías. También participaron Esteban Seguí, Miguel Irigoyen, los hermanos Demetrio y Jacinto Rodríguez Peña, José Rivera Indarte, Pedro De Ángelis, Felipe Senillosa y Manuel Quiroga de la Rosa, entre otros.

Desde este espacio se impulsó con especial fuerza una corriente de pensamiento: “el romanticismo”.

Según Félix Weinberg, el romanticismo se exhibía estrechamente ligado con las luchas y reivindicaciones que algunos pueblos europeos llevaban adelante para “ensanchar la concepción clásica del liberalismo y aún también con sus movimientos por concretar la realidad nacional”.¹⁰

Myers sostiene:

El romanticismo argentino, pese a sus propias y permanentes declamadas ambiciones no fue un movimiento literario tanto cuanto



Esteban Echeverría,
óleo de Ernesto
Charton.

un movimiento de pensamiento social –entendido este último término en su acepción más amplia–. Por ello, las principales figuras que integran el canon romántico rioplatense, el diario de lecturas de casi todos los escritores de este movimiento, fueron historiadores, filósofos, críticos, literarios, reformadores políticos y sociales, y ensayistas varios.¹¹

El mismo autor dice que el romanticismo argentino conformó todo su esquema de pensamiento con ideas propuestas por el romanticismo de Europa, pero no contuvo todas las ideas generadas por los pensadores del viejo continente.

Corresponde destacar que uno de los temas, quizás el más importante, el que unificó el interés y los esfuerzos de estos románticos, fue el relacionado con la Nación; cuestión de especial importancia en estas latitudes teniendo en cuenta el reciente surgimiento de su Estado. Alberdi, en 1837, en el discurso que expuso en el Salón Literario, afirmó que el estudio de lo nacional debía ser el objetivo principal que debía perseguirse.¹²

Selección y comentario de sus obras

Fragmento preliminar al estudio del Derecho

Parte de una descripción de la realidad sociopolítica nacional y aporta un conjunto de soluciones aplicables a ese universo.

A lo largo de sus páginas se desarrolla una serie de fundamentos filosóficos del derecho y se exponen elementos teóricos que también contribuyen a forjar una teoría general del Estado y del Derecho. El propio Alberdi afirmó que esta obra fue la primera fuente que utilizó para escribir *Bases*...

José Pablo Feinmann, en *Filosofía y Nación*, afirma que *Fragmento*... es la única obra puramente idealista de Alberdi, una obra atravesada por el “vuelo especulativo del idealismo alemán”. Apa-

recen dos conceptos que según este autor iban a facilitar el pasaje de Alberdi al materialismo: filosofía y nación. Para Alberdi es indispensable hacerse de una filosofía para construir una nación, ya que una nación es un espacio que se reconoce asimismo a través de la filosofía. Estaba preocupado por encontrar la manera de respetar nuestra individualidad como nación para incorporarnos al contexto internacional; o sea, respetar nuestra particularidad para participar de lo universal.

Más allá de este análisis conceptual, estructurado desde la actualidad, es importante señalar que la obra fue víctima de embates por parte de un grupo de importantes intelectuales contemporáneos del publicista tucumano. Se trataba de aquellos antirrosistas exiliados en Montevideo, y que, si bien reconocían el ataque al despotismo que Alberdi desplegaba en las páginas de *Fragmento...*, no toleraban que su autor no identificara esa actitud autoritaria en la persona del brigadier Juan Manuel de Rosas.

Alberdi explicaría esa omisión en otro de sus trabajos:

Estudiar el derecho bajo el poder ilimitado era un poco arduo. En ese libro yo califiqué el poder ilimitado como el poder de Satanás, bajo el gobierno omnímodo de Rosas, pero no sin tomar precauciones de inmunidad a favor de mi persona y de mi libro. Lo dediqué al general Heredia [que] era mirado con amistad por Rosas. (...) hice concesiones al sistema federal y al jefe temido de nuestra democracia federal.¹³

Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina

Poco después de la batalla de Caseros, Alberdi comienza a trabajar sobre este texto que se transformó en la base fundamental en la que se inspiraron los constituyentes reunidos en Santa Fe, en 1853. *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina* se tituló la obra aparecida en Valparaíso en

1852; se reeditaré en julio en Buenos Aires y, dos meses más tarde, en la mencionada ciudad chilena se incorpora una “advertencia” del autor donde se señalan los agregados al texto primitivo; el principal de ellos es el proyecto de Constitución. Afirma Germán J. Bidart Campos:

(...) el tronco ideológico y programático de la Constitución de 1853 recibe, pragmáticamente, un decisivo aporte alberdiano. El proyecto global que auspició la Constitución, su filosofía política, su raigambre histórica, su originalidad (...) no pueden desligarse de la interpretación que Alberdi hizo y propuso sobre el curso de toda nuestra génesis constitucional.¹⁴

Se puede afirmar que *Bases...* contiene el primer proyecto nacional sustentado en los principios del liberalismo en materia económica y del federalismo como forma de institucionalización gubernativa. Define los lineamientos fundamentales del sistema político argentino actual: soberanía popular; declaraciones, derechos y garantías de los habitantes; forma de gobierno representativa, republicana y federal; división de poderes; responsabilidad de funcionarios y limitación de la función pública, entre otras cuestiones. Así lo definió Alberdi cuando le envió este texto a Urquiza:

En él no hay nada único, sino el trabajo de expresar débilmente lo que pertenece al buen sentido general de esta época y a la experiencia de nuestro país. Deseo ver unida la gloria de V.E. a la obra de la Constitución, pero para que ambas se apoyen mutuamente, es menester que la Constitución repose sobre bases poderosas.

Elementos del Derecho Público Provincial Argentino

El pensamiento alberdiano con relación a la organización y a las atribuciones de las instituciones de gobierno que las provincias deberían

instalar en sus respectivas constituciones se manifiesta de manera cristalina en *Elementos del Derecho Público Provincial Argentino*.

Ricardo Haro, en *El pensamiento de Juan B. Alberdi y el Derecho Público Provincial*, destaca la trascendencia que el publicista tucumano le otorga a esta rama del Derecho y recuerda que en la introducción de la obra en cuestión Alberdi asegura que es “la forma, la porción más interesante del sistema constitucional de toda la República...”.

Alberdi también remarca la importancia y los principales objetivos de esta especialidad:

Conocer y fijar de un modo práctico lo que es dominio del derecho provincial, y lo que corresponde al derecho de la Confederación toda, establecer con claridad material la línea de división que separa lo provincial de lo nacional es dar el paso más grande hacia la organización del gobierno común y del gobierno de cada provincia.¹⁵

Martín García Mérou sostiene en el prefacio de *Elementos...* que este material es el complemento necesario de las doctrinas contenidas en *Bases y puntos de partida para la organización de la República* y de los principios desarrollados en *Sistema económico y rentístico de la Confederación Argentina*: “Las tres obras forman un todo homogéneo y estudian bajo sus fases principales los problemas de la existencia nacional”.¹⁶

La obra se divide en tres partes: la primera se ocupa de las fuentes del derecho público provincial; la segunda, de los vicios del sistema provincial y en la última se desarrolla un ensayo de Constitución para la provincia de Mendoza.

Precisando nociones de este derecho y de las instituciones provinciales, la obra es un verdadero compendio del régimen federal que trata del deslinde de competencias entre la Nación y las provincias.



Sistema económico y rentístico de la Confederación Argentina, según su Constitución de 1853

La Constitución argentina de 1853 expresa, a lo largo de su texto, un amplio y complejo mandato de política económica, por ejemplo la postulación del trabajo, la tierra y el capital como los principales agentes de la producción o el impulso a una equitativa distribución de la riqueza.

Estos y otros tópicos se encuentran dispersos en nuestra Carta Magna; es cierto, no se encuentran articulados o contenidos por un orden sistemático, por ello Alberdi explica:

Me propongo reunir esas disposiciones en un cuerpo metódico de ciencia, dándoles el sistema de que son susceptibles por las relaciones de filiación y dependencia mutuas que las ligan, con el fin de generalizar el conocimiento y facilitar la ejecución de la Constitución en la parte que más interesa a los destinos actuales y futuros de la República Argentina.

Ese es el objetivo de esta obra definido por el autor.

Este trabajo, junto con las tres obras anteriores (*Bases y puntos de partida...*, *Fragmento preliminar...* y *Sistema económico y rentístico...*) constituyen el cimiento del Derecho Público Argentino.

Alberdi aborda y explica la relación entre el derecho y la economía, y enumera los principios e instrumentos necesarios para consolidar la libertad económica.

Sistema económico y rentístico... consta de dos partes: 1ª Parte, Disposiciones y principios de la Constitución argentina, referente a la producción de las riquezas (derechos y garantías protectores de la producción; la libertad y su relación con la producción económica, educación, principios y disposiciones constitucionales referidos a la producción comercial, la situación fabril del país, etc.);

2ª Parte, Disposiciones de la Constitución, que se refieren al fenómeno de la distribución de las riquezas (distribución de la riqueza; organización del trabajo y salarios; consumo; gasto público; crédito; tesoro nacional; régimen aduanero; deuda pública, etc.).

En *Sistema económico...*, describe cuáles son aquellas herramientas o filosofías que no puede ni debe abrazar un gobierno nacional que pretenda respetar los preceptos constitucionales.

Historia de la Guerra del Paraguay

Entre 1865 y 1870 se desarrolló una de las últimas grandes guerras del siglo XIX para la región: la Guerra del Paraguay (también conocida como de la “Triple Alianza” o, por los paraguayos, como “Guerra Grande”). La República Argentina, Brasil y la República Oriental del Uruguay se unieron para luchar contra el Paraguay.

Este último país estaba gobernado por Francisco Solano López y exhibía un importante modelo autónomo de desarrollo: industria pesada, infraestructura de comunicaciones y transporte, injerencia del Estado en áreas vitales y, fundamentalmente, una economía saneada, sin deudas e independiente de los mercados externos. Una realidad cuyo conjunto no se inscribía en los preceptos librecambistas y que era refractario de los intereses mercantiles, por ejemplo del Imperio Británico.



Vista interior de Curuzú, mirada aguas arriba de norte a sur, tela de Cándido López.

El general Bartolomé Mitre aseguraba que esta guerra fratricida se sustentaba en principios “civilizatorios”, argumento al que Juan Bautista Alberdi respondía:

Si es verdad que la civilización de este siglo tiene por emblemas las líneas de navegación por vapor, los telégrafos eléctricos, las fundiciones de metales, los astilleros y los arsenales, los ferrocarriles, etc., los nuevos misioneros de civilización salidos de Santiago del Estero, Catamarca, La Rioja, San Juan, etc., etc., no sólo no tienen en su hogar esas piezas de civilización para llevar al Paraguay, sino que irían a conocerlas de vista por primera vez en su vida en el “país salvaje” de su cruzada civilizadora.

Alberdi se opuso tenazmente al accionar de esta alianza (una oposición que también se verificó en el interior y que tuvo como ejemplos los levantamientos que se produjeron en Mendoza, San Juan, La Rioja y San Luis) por los efectos devastadores para el pueblo paraguayo y porque, estaba seguro que, desde Buenos Aires, con este enfrentamiento, también se pretendía subordinar al resto del país a sus propios intereses.

Esas preocupaciones se expresaron en *Historia de la Guerra del Paraguay*, en cuyo prefacio se deja expresa constancia de que se trata de una selección de escritos cuyo contenido es el análisis de una crisis “casi permanente, de que son síntomas y manifestaciones los acontecimientos que tienen por actores al Brasil y a las repúblicas del Plata y por teatro al Paraguay”.

En marzo de 1865 se publicó en la ciudad de París *Las dimensiones de la República del Plata y las maquinaciones del Brasil*. Ese mismo año, en julio, sale a la luz *Los intereses argentinos en la Guerra del Paraguay*. El tercer texto sobre esta cuestión llevó por título *Crisis permanente de las Repúblicas del Plata*.

El primer trabajo que reunió los tres estudios mencionados se denominó *El imperio del Brasil ante la democracia de América*.

A partir de la edición que aquí se señala es que pasará a denominarse *Historia de la Guerra del Paraguay* (Buenos Aires, Ediciones de La Patria Grande, 1962).

La posición crítica de Alberdi con relación a la decisión bélica asumida en contra de los paraguayos atraviesa toda la obra. El tucumano señalaba:

Se calculó a la guerra una duración de tres meses, y ya lleva más de cuatro años. Equivocarse de tres a cincuenta meses, en este cálculo de tiempo, fue equivocarse en quinientos millones de pesos y en la sangre de cincuenta mil hombres.

La República Argentina consolidada en 1880, con la ciudad de Buenos Aires por Capital

En el año 1880, después de un cruento enfrentamiento, se promulgó la Ley N° 1029 a través de la cual se declaró a la ciudad de Buenos Aires Capital de la República Argentina y, por ende, su paso a la órbita del control federal.

En 1881, de regreso a Europa, Juan Bautista Alberdi, impactado por este hecho trascendente que lo contó entre sus actores protagónicos, escribió *La República Argentina consolidada en 1880...*, su último libro.

La importancia de la federalización de Buenos Aires es remarcada por Joaquín V. González:

La República ha renacido o acabado de nacer como régimen político el día que ha cesado de existir la vieja institución monarquista de la capital-provincia, en que vivió el régimen colonial hasta 1880.¹⁷

Alberdi dividió este trabajo en dos partes. En la primera se dedicó a desarrollar la cuestión Capital y a plantear las decisiones y medidas que debían adoptarse para favorecer a la Nación; en la

segunda también se abocó a la cuestión Capital, pero el análisis lo realiza desde el ángulo de la provincia de Buenos Aires.

El texto contiene un conjunto de temáticas que acompañaron y fueron tratadas por el publicista tucumano en reiteradas y diferentes oportunidades. Por ejemplo: origen y causa de la supremacía de Buenos Aires sobre la Nación; los efectos negativos del *localismo* porteño; las modificaciones necesarias para que Buenos Aires se convirtiese en Capital de la República, Buenos Aires colonial contra Buenos Aires moderna y los efectos positivos de la designación de Buenos Aires como Capital Federal.

Juan B. Alberdi expresa en esta obra una convicción que lo acompañó toda su vida:

Negar la ciudad de Buenos Aires al gobierno de la Nación argentina habría sido dejar a la Nación sin Capital, lo que en nuestro país argentino es equivalente a dejar a la Nación sin gobierno o, lo que es igual, a su gobierno sin poder, pues el poder real (...) se encuentra ubicado en la ciudad de Buenos Aires (...) ¹⁸

Mi vida privada

El autor explica que la organización de este pequeño libro se ajustaría a las formas de la correspondencia epistolar, ya que esta es la que mejor refleja la conversación de tipo intimista.

Juan B. Alberdi divide su vida en cuatro etapas, utilizando para ello ejes de tipo geográficos: la República Argentina, el Estado Oriental del Uruguay, Chile y Europa, aunque en este texto sólo desarrollará su experiencia en la Argentina.

El libro se dispara con la historia de sus padres y fundamenta esta incorporación:

Más que de la tierra en que somos nacidos, más que de la sociedad en que nos hemos formado, somos por naturaleza física y moral los

hijos, la reproducción o la nueva edificación de nuestros padres. Así dar de ellos una idea es explicar la mitad de lo que somos nosotros mismos.

Otro punto importante es su llegada a Buenos Aires, después de dos meses de viaje, y su incorporación al prestigioso Colegio de Ciencias Morales. En ese establecimiento tuvo dos acercamientos a personalidades y textos que lo marcaron profundamente, como Miguel Cané y Juan Jacobo Rousseau.

Luego de diez años, Alberdi regresa a su terruño natal acompañado, en esta oportunidad, por Marco Avellaneda y Mariano Fraguero. Encuentran una provincia convulsionada; el mismo día de su arribo el gobierno de Heredia se disponía a sofocar un levantamiento. Alberdi intercedió ante las autoridades solicitando amnistía en favor de los sublevados. Luego de este gesto, regresó a Buenos Aires, donde prosiguió con sus estudios en la Academia Práctica y también, según su relato, se asoció con José Pringles “para negocios mercantiles de tienda”.

El autor de *Bases...* señala como una cuestión muy importante, para esta época, su relación con “dos ilustrísimos jóvenes”: Juan María Gutiérrez y Esteban Echeverría quienes, asegura, ejercieron una influencia muy importante sobre él, en especial, con relación a los autores y pensadores que llegó a conocer a través de ambos (Lerminier, de Villemain, Víctor Hugo, Alejandro Dumas, Lamartine, Chateaubriand y Víctor Cousin, entre otros).

Más adelante, hace referencia a su participación en el Salón Literario, fundado por Marcos Sastre, y en la Asociación de Mayo o la logia secreta conocida como la Joven Generación Argentina. Alberdi explica que el Dogma Socialista de Mayo fue el resultado del trabajo de esta última organización.

Más adelante, se dedica a relatar las circunstancias de la redacción de *Fragmento preliminar al estudio del Derecho*, las críticas

realizadas por algunos partidarios y funcionarios de Rosas y, también, el pedido de reunión con el gobernador, quien “más tolerante que sus consejeros me dispensó de ella, mandándome palabras calmantes por medio de Mariño”. Más allá de esta cuestión, el tucumano aclara las limitaciones para emitir cualquier opinión contraria al régimen.

Como conclusión, Alberdi expresa:

Esta es la gran lección que surge de mi vida, a saber: que no puede haber ciencia, ni literatura sin completa libertad, es decir, sin la seguridad de no ser perseguido como culpable, por tener opiniones contrarias al gobierno y a las preocupaciones mismas que reinan en el país.

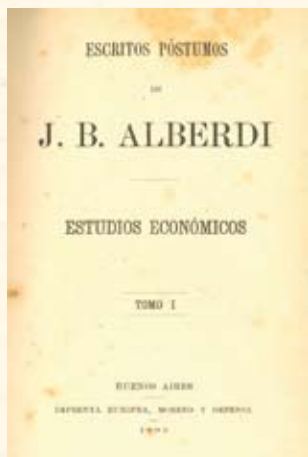
Escritos póstumos

La edición de esta obra, que a lo largo de seis años sumó dieciséis tomos, fue una tarea encarada por Manuel Alberdi, hijo del prócer, en el año 1895. Cuando se produce el fallecimiento de Manuel, la iniciativa la siguió adelante Francisco Cruz, quien ante el posible peligro de que se pudiera dispersar el archivo y se extraviaran objetos pertenecientes a Alberdi, realizó tratativas con quien los había heredado, Josefa Escobar Sárfeld de Pérez (persona que fue la encargada de cuidar a Juan Bautista en sus últimos años).

El arreglo propuesto fue el siguiente: Cruz le pagaría a la señora de Pérez a razón de \$ 1000 por los originales de cada tomo, que se publicarán a partir del XII inclusive, hasta que se concluyera la edición de los volúmenes.

En junio de 1902, Cruz obtuvo el consentimiento por la compra total de la documentación y de los objetos; pagó \$ 4050.¹⁹

Escritos póstumos recopila un conjunto de documentos, cartas y escritos que, en su gran mayoría, Juan B. Alberdi no había completado, corregido o revisado, pero la decisión de hacerlos pú-



blicos, pese a la voluntad de su autor, permitió obtener una mayor claridad sobre su vida y su obra.

El material es heterogéneo pero las temáticas siempre son abordadas desde un lugar lúcido y crítico, sin dejar de lado, por ello, un evidente apasionamiento. Son cuestiones y áreas que, a pesar de su divergencia, fueron problemáticas recurrentes de Alberdi. El derecho, la guerra, la economía, la política exterior, América, Europa, propaganda y ensayos sociológicos, son solo algunas de las cuestiones que conforman los dieciséis tomos.

Los tomos I al V fueron editados por la Imprenta Europea; del VI al IX fueron responsabilidad de la Imprenta Alberto Monkes y, por último, la imprenta “Juan Bautista Alberdi” se encargó de la publicación de los tomos del XII al XVI. Esa ha sido la única edición de *Escritos Póstumos* y, en la actualidad, es prácticamente inhallable.²⁰

A continuación se detalla el contenido de cada uno de los tomos: Tomo I, Estudios Económicos; Tomo II, El crimen de la guerra; Tomo III, Política Exterior de la República Argentina; Tomo IV, Del Gobierno de Sud América según las miras de su revolución fundamental; Tomo V, Belgrano y sus historiadores. Facundo y su biógrafo (Grandes y pequeños hombres del Plata); Tomo VI, Ensayos sobre la sociedad, los hombres y las cosas en Sud América; Tomo VII, América; Tomo VIII, América; Tomo IX, Ensayos sobre la sociedad, los hombres y las cosas en Sud América; Tomos X, XI y XII, Ensayos sobre la sociedad, los hombres y las cosas en Sud América; Tomo XIII, Miscelánea. Propaganda revolucionaria; Tomo XIV, Correspondencia diplomática; Tomos XV y XVI, Memorias y documentos.

Obras literarias

Alberdi también recorrió como escritor el camino de la literatura. Esta producción específica, en su gran mayoría, vio la luz en los

primeros años de su destierro (período que se podría circunscribir entre los años 1839 y 1844).

Algunos de esos trabajos de tipo literario fueron: *La Revolución de Mayo* (1839); *El gigante Amapolas y sus formidables enemigos o sea fastos dramáticos de una guerra memorable* (1842); *El edén* (escrito en 1844 y publicado en 1851); *Tobías o la cárcel a la vela* (1844) y *Peregrinación de Luz de Día o Viaje y aventuras de la verdad en el Nuevo Mundo* (1871).

El gigante Amapolas y sus formidables enemigos o sea fastos dramáticos de una guerra memorable

Este trabajo es un acabado ejemplo de literatura político-militante que se suma a la línea de producción antirrosista de otros autores también exiliados. La obra es de carácter satírico y apunta especialmente a dos “blancos”: el gobernador Juan Manuel de Rosas y a ciertas prácticas ejercidas por los caudillos.

Autodefinida como “peti-pieza cómica en un acto”, en su dedicatoria inicial ya se deja ver una clara crítica al poder que dominaba la provincia de Buenos Aires. Alberdi dedicó esta pieza teatral al Presidente del Uruguay (país donde se encontraba) y a dos de sus principales colaboradores: “Dedicada respetuosamente a SS.EE. los SS. presidente y generales Rivera, Bulnes y Ballivián para que conozcan el escollo y se abstengan de caer en él”.

Amapolas es un muñeco gigante omnipresente que ostenta en sus manos dos cuchillos ensangrentados. Se trata de la figura visible de ese poder autoritario que mantiene sojuzgado a todo el pueblo, cuyos integrantes se encuentran inmovilizados por el temor y son incapaces de enfrentar las arbitrariedades del gigante.

En la obra tienen una participación protagónica tres hombres con mando militar: el capitán Mosquito, el teniente Guitarra y el mayor Mentirola. A pesar de tener como enemigo al gigante Amapolas, conductas relacionadas con el narcisismo, el indivi-

dualismo, la cobardía y el egoísmo les impedían llevar adelante su objetivo: destruir a Amapolas. Por el contrario, su miopía lo único que lograba era consolidar el poder despótico.

Alberdi presenta el desenlace de manera pedagógica y lo deja en manos de un nuevo protagonista de la obra, el sargento Peñálvez. Él fue el encargado de vencer al gigante, después de desoír a Mosquito, Guitarra y Mentirola, ya cansado de la inoperancia que demostraban recurrentemente. Este es el final de la obra:

Todos: ¡Viva el libertador de la República, el glorioso sargento Peñálvez!

Sargento: No, señores yo no soy grande ni glorioso porque ninguna gloria hay en ser vencedor de gigantes de paja. Yo he tenido el buen sentido del pueblo y el valor insignificante de ejecutar una operación que se dejaba comprender por todo el mundo. Si los generales y hombres de Estado que nos han dirigido hasta aquí hubiesen comprendido lo que comprendía la generalidad más común, hace mucho tiempo que habríamos llegado al término de nuestras fatigas ¡Compañeros! La patria ha sido liberada, sin que hayan intervenido libertadores. Saludad las revoluciones anónimas: ellas son los verdaderos triunfos de la libertad.

Escritos epistolares

La producción epistolar también fue una tarea largamente ejercitada por Alberdi. La calidad intelectual del tucumano y la de sus interlocutores generaron piezas en las que se cristalizaron intercambios, en muchos casos, antológicos. Los temas se ajustaban a la multiplicidad de intereses del autor de *Bases...*: política, derecho, economía, literatura, música, teatro, sociología, etc.

Las *Cartas Quillotanas*, cuyo destinatario fue Domingo Faustino Sarmiento, fueron, sin dudas, las que mayor difusión pública han logrado a través del tiempo.



Domingo F.
Sarmiento.

Cartas Quillotanas

Los sucesivos ataques que, desde Chile, Domingo F. Sarmiento dirigió al director provisorio de la Confederación Argentina, Justo José de Urquiza, provocaron la reacción de otro argentino radicado en el país trasandino.

Luego de unos artículos publicados en *El Diario* de Valparaíso en defensa del vencedor de Caseros, Juan B. Alberdi, en su quinta de Quillota, elabora dos trabajos: *Cartas sobre la prensa y la política militante en la Argentina* y *Complicidad de la prensa en las guerras civiles de la República Argentina*; ambos editados en 1853 y conocidos como “cartas quillotanas”.

Alberdi, brillante y respetuoso, trata de desarticular los argumentos sarmientinos en contra de la campaña del Ejército Grande y de poner en evidencia ese paralelismo que el sanjuanino se empeña en establecer entre Urquiza y Rosas. También realiza una severa crítica a la tarea periodística de Sarmiento:

La prensa no es escalera para asaltar la familia y su secreto, no es llave falsa para violar la casa protegida por el derecho público. (...) El que así la emplea, prostituye su ejercicio y la degrada más que los tiranos.

Parte de la producción quillotana también estuvo dedicada a desarticular las graves e incorrectas acusaciones de corrupción con las que Sarmiento agravó a Alberdi.

La escritora María Rosa Lojo realizó un análisis de estas cartas:

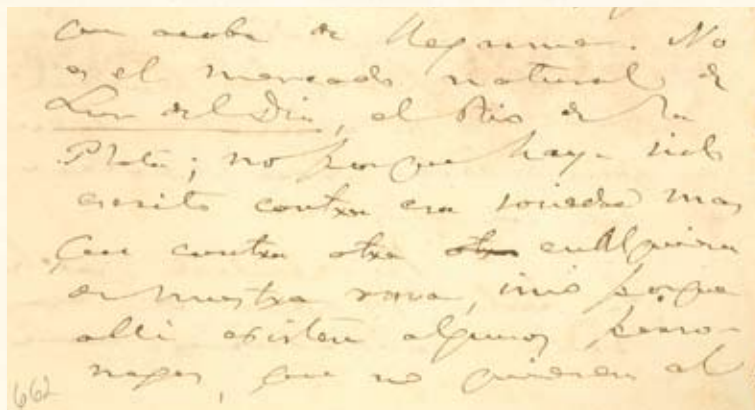
Alberdi aguza el escalpelo para señalar filosamente sobre el cuerpo del texto examinado los motivos y los síntomas del odio. El relato de las pocas entrevistas con el General dejaría entrever la frustrada ambición, el despecho –de Sarmiento– por no haber sido valorado en su “papel natural” de consejero. (...) La inquina de Sarmiento

provendría simplemente de que a Urquiza no le ha interesado escucharlo.²¹

Letra original (“de puño y letra”)

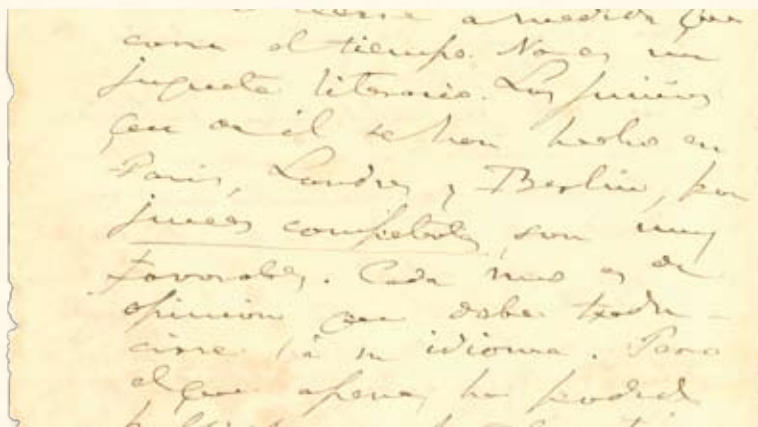
Incluimos en esta publicación un conjunto de manuscritos originales que forman parte del patrimonio documental de esta Dirección General (véase Anexo).

A continuación, reproducimos fragmentos de esta correspondencia que Alberdi envía desde Francia.²² Se trata de dos cartas suyas dirigidas a Carlos Casavalle (fechadas en París, el 3 de febrero de 1876 y el 12 de mayo de 1876) y otras tres cartas, cuyo destinatario es desconocido, y que fueron escritas los días 4, 10 y 23 de marzo de 1883, desde Saint-André de Fontenay.²³



A Carlos Casavalle, febrero 3 de 1876.

“No es el mercado natural de Luz de Día, el Río de la Plata, no porque haya sido escrito contra esa sociedad más que con otra cualquiera... sino porque allí existen algunos personajes que no quieren al autor y cuya persecución han debido afrontar las alocuciones del libro aplicables a ellos sin estar dirigidas a ellos.”



A Carlos Casavalle, febrero 3 de 1876.

“No es juguete literario [en referencia al libro], los juicios que sobre él se han hecho en París, Londres y Berlín son juicios confiables, son juicios muy favorables.

Cada uno es de la opinión que debe traducirse a su idioma.”

En esta carta, Alberdi hace referencia, fundamentalmente, a su libro *Peregrinación de Luz del Día o Viaje y aventuras de la Verdad en el Nuevo Mundo*, editado en Londres, en 1871. En esta novela, Luz del Día es el nombre con el que la Verdad, cansada y hastiada de su vida en Europa decidió viajar de incógnito a América. En este relato, entretendido con crítica, humor e ironía, exhibe un agudo y profundo análisis de la sociedad sudamericana.

Alberdi define su obra de la siguiente manera:

Es casi una historia por lo verosímil, es casi un libro de política y de filosofía moral por lo conceptuoso, es casi un libro de política y de mundo por sus máximas y observaciones; pero seguramente no es más que un cuento fantástico...

El autor comenta lo refractario que, seguramente, sería su país con relación a la obra; surgen aquí esos enfrentamientos personales que, no por viejos, han dejado de estar vigentes (por ejemplo, su relación con Bartolomé Mitre); aunque él mismo precisa que se caería en un error, ya que no son ellos sus destinatarios específicos.

En el otro fragmento, Alberdi reivindica el valor de su trabajo y rescata los “juicios confiables” que sobre ella se hicieron en París, Londres y Berlín y menciona, y valora, el interés de los críticos por traducir la obra a distintos idiomas.

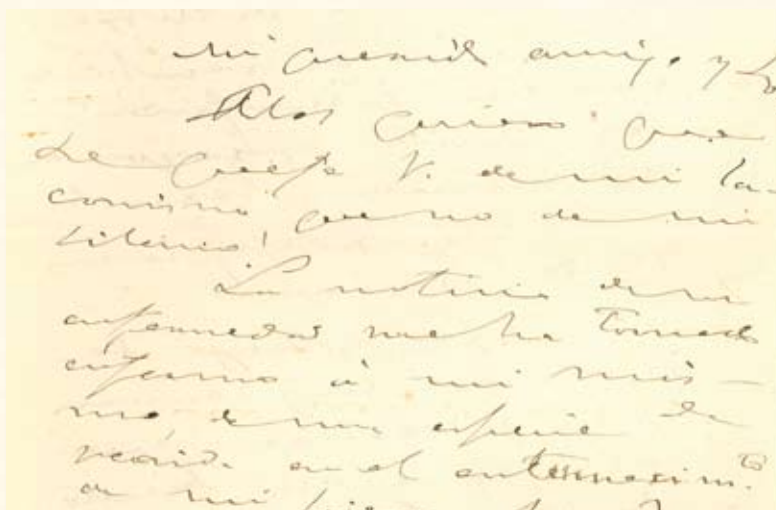


En esta carta, el doctor Alberdi no solo habla de *Peregrinación de Luz del Día...*, sino también se refiere a su reciente trabajo *La vida y los trabajos de William Wheelwright en América del Sud* (1876) que, según le informa en la misma carta, le había enviado, a través del vapor Rivadavia, el 16 de marzo de ese mismo año.

La vida y los trabajos de... es una biografía de su amigo, un marino norteamericano que naufragó en Buenos Aires en 1823 y que desarrolló una intensa vida relacionada con la industria, en distintos puntos de Sudamérica.

Explotó minas de carbón, construyó trenes y puertos, entre otros emprendimientos. Fue el responsable de concebir el ferrocarril Gran Central Argentino (Rosario-Córdoba) y también del tren a Ensenada.

Para Alberdi, Wheelwright era el verdadero modelo del empresario capitalista.

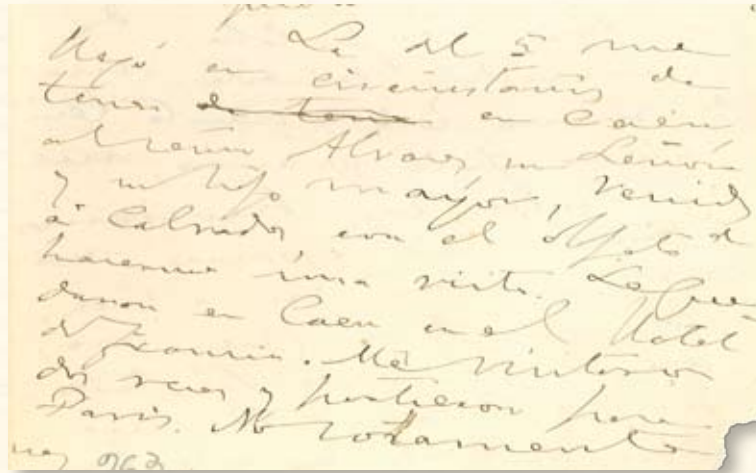


mi querido amigo, y
Alas amigos que
de Cereja V. de mi la
comiso como de mi
silencio!
La noticia de su
enfermedad me ha tomado
enfermo a mi mis-
mo, de una especie de
neurosis o al autismo.
de mi vida.

Saint-André de Fontenay, marzo 4 de 1883.

“Mi querido amigo le quiero contar de mi silencio y de mi laconismo. La noticia de su enfermedad me ha tomado enfermo a mi mismo...”

“...ahora podré darme del todo a la cura de mi mal.”



La del 5 me
llegó en circunstancias de
tener en Caen al señor
Alvarez, su señora y un hijo mayor, veniendo
con el objeto de hacer
una visita. Se quedaron en Caen en el hotel
de Jeanne. Me visitaron dos veces
y partieron para París. No pude ir a visitarlos a Caen, sino que
cuando vinieron a verme en esta casa, no pude salir hasta la puerta de
calle a recibirlos por el tiempo que hacía (...) y por el estado de mi salud
empeorada (...)

Saint-André de Fontenay, marzo 10 de 1883.

“La del 5 [una carta] me llegó en circunstancias de tener en Caen al señor Alvarez, su señora y un hijo mayor (...) con el objeto de hacer una visita. Se quedaron en Caen en el hotel (...) Me visitaron dos veces y partieron para París (...) no pude ir a visitarlos a Caen, sino que cuando vinieron a verme en esta casa, no pude salir hasta la puerta de calle a recibirlos por el tiempo que hacía (...) y por el estado de mi salud empeorada (...)”

En ambos párrafos, de diferentes pero sucesivas cartas, Alberdi exhibe un delicado estado de salud, situación que también, obviamente, restringe su vida social. Son misivas escritas en 1883, un año antes de su muerte.

Última voluntad

“Ante mí, Don Otto Bemberg, Cónsul de de la República Argentina en París, a veinte de junio de Mil ochocientos ochenta y cuatro a las dos P.M. han comparecido los Señores Don Pablo Gil, banquero, establecido en esta Capital y Don José F. Ledesma, negociante establecido ídem en el Hotel Du Louvre quienes me han anunciado la muerte de Don JUAN BAUTISTA ALBERDI que han depositado en mis manos, en la dicha fecha dos pliegos cerrados; el primero con las siguientes inscripciones: “Pliego que deposito cerrado en manos de mi honrado amigo el Señor Don Pablo Gil para abrirse únicamente en el caso extremo de que esté informado por mi JUAN BAUTISTA ALBERDI”;

“Personal -al Señor Don Pablo Gil-“conteniendo otro pliego cerrado y sellado con las cifras siguientes -A-J.B.A-“, sobre el cual se lee: “Testamento de Don Juan Bautista Alberdi”; el segundo lleva escrito “A.D.D.N.J.B., conteniendo otro pliego cerrado y sellado cuyo timbre gravado -“J. B. Alberdi”- y lleva la inscripción siguiente: “Este es mi testamento”- Y en presencia de los señores Don B. Probst y Don E. L. Séverin, domiciliados en Paris y a quienes conozco, procedí a la apertura de dichos pliegos que dicen: “Este es mi testamento. Yo, don Juan Bautista Alberdi, natural y ciudadano de la República Argentina (América del Sud) habiendo tenido mi última vecindad en Chile y hallándome accidentalmente en Francia después de haber terminado la misión diplomática que me dio mi país cerca de ese gobierno, católico de religión, de estado soltero, no teniendo herederos forzosos, y estando en perfecta salud, declaro haber hecho por un acto de mera prudencia este mi testamento en los términos y cláusulas que siguen: 1º- Doy

y lego a mi hermana Doña Tránsito Alberdi de García, viuda, que vive en Tucumán (provincia Argentina), la cantidad de cinco mil pesos fuertes; doy y lego a Don Manuel



Juan Bautista Alberdi.

Alberdi, mi pariente, nacido y residente en Buenos Aires, la cantidad de diez mil pesos, valor nominal en fondos públicos nacionales del seis por ciento de los que allí tengo por intermedio de Don P. Gil, mi banquero en París. 2º- Si viviese algún hijo del Dr. Don Miguel Cané, de Buenos Aires, de los dos que conocí en París, y se llama si no me engaño Miguel Cané, también recibirá dos mil pesos fuertes de legado, si tuviese la voluntad de admitirlos como un débil testimonio de mi inalterable reconocimiento por la paternal hospitalidad que debí en Buenos Aires a la ilustre familia de Andrade a que perteneció el Dr. Cané, mi amigo y benefactor. 3º- Dejo en legado a mi amigo el Señor Don José C. Borbón, de Buenos Aires, en reconocimiento de preciosos servicios que me prestó desde de Chile, mi reloj inglés cronómetro de bolsillo de la fábrica French de Londres, que está en mi baúl depositado en casa de Don P. Gil. 4º- Lego a mi amigo el Dr. Don Francisco Javier Villanueva que habita en Valparaíso (Chile), una caja que contiene mi servicio de mesa de plata labrada, depositada también en manos de Don P. Gil. 5º- Doy y lego a mi amigo el señor Don Pedro Gil mis cristales ingleses de mesa contenidos en dos grandes barricas que están con mis muebles. 6º- Si la Señora Doña Jesús Muñoz de Valparaíso, no tuviese inconvenientes por su estado que no conozco, en recibir un testimonio de respetuosa amistad de mi parte, mi albacea se servirá entregarle el modesto legado que me permito dejarle de tres mil pesos fuertes. 7º- Dejo mis libros profesionales que tengo en Chile en poder del Dr. Villanueva, al hijo de este amigo que se hubiese dedicado a la profesión de abogado, y lego mis libros que tengo en París, encajonados a la biblioteca pública que existe o que se forme en Tucumán, mi querida ciudad nativa para lo que serán dirigidos a mi sobrino Don Remigio Columbres,

que habita esa ciudad. 8º- Me permito nombrar como mi ejecutor testamentario al que tiene toda mi confianza en vida, a mi honrado y buen amigo el señor Don Pablo Gil, a quien suplico se sirva recibir con mi reconocimiento anticipado un cinco por ciento de comisión por lo que tenga que realizar para cumplir este testamento. 9º- Ruego a mi Albacea que todos mis papeles que no sean meramente documentales se destruyan y quemen absolutamente, a su vista si fuese posible, sin permitir la publicación de ningún autógrafo o manuscrito inédito mío, porque nada dejo escrito para ver la luz después de mis días. En cuanto a los papeles documentales, como cuentas, recibos, cartas, títulos literarios, una *Memoria* inédita del Señor Posadas (que pertenece a su nieto, mi amigo residente en Buenos Aires), se conserven en Francia cuando menos por cuatro años más para responder a cualquier cargo o reclamo; y que después se pongan a disposición de mi legatario y pariente querido Don Manuel Alberdi.- Para todo arreglo y clasificación de mis papeles, ruego a mi Albacea cuide de no ingerir absolutamente a ninguna persona que directa o indirectamente hubiese estado empleada en la Legación que desempeñé en Europa. 10º- Ruego a mi Albacea que para hacer cumplir este testamento no haga vender nada en venta pública, sino privada y particularmente, en virtud de la plena facultad que al efecto le dejo. 11º- No tengo acreedores pecuniarios, ni deuda alguna, que yo recuerde, y mis bienes a la fecha consisten en mi casa-quinta situada en Valparaíso, libre de todo gravamen; como unos cinco mil pesos fuertes que me tiene mi apoderado el Dr. Villanueva; una barra de la mina Aria Mineral de Agua Amarga en el Huayco (Chile); veinte tres mil pesos en fondos públicos nacionales del seis por ciento, que corren a cargo de mi banquero Don P. Gil y siete mil pesos fuertes que me

adeuda de la República Argentina por resto de mis sueldos atrasados; y por fin, mis muebles que existen en París. 12º- Revoco y anulo por el presente todo testamento anterior. 13º- Si mi hermana Dona Tránsito Alberdi no me sobreviviera, será entendido el legado que le dejo, como legado directo hecho por mí a sus dos hijas mujeres Julia y Pepa García de Columbres, mis sobrinas por el bien que le hayan hecho a mi querida hermana. 14º- Lo que reste de mis bienes, después de pagado los legados de este testamento y gastos de la sucesión, será distribuido entre mis dos legatarios Don Manuel y Doña Tránsito Alberdi, además de mis legados. 15º- Mi ropa en servicio activo será para las personas a quienes tenga que deber los últimos servicios; y los objetos de particular estima serán distribuidos entre Manuel, mi pariente, y mis sobrinas Julia y Pepa García de Columbres. Hecho y escrito todo de mi mano en París el once de Julio de mil ochocientos sesenta y nueve. Firmado: Juan B. Alberdi.

EL OTRO: Este es mi testamento que revoca todo otro. A Angelina Doge, que había sido muchos años mi sirviente lego doce mil francos. Seis mil francos a Gastón Saudron su sobrino. Dos mil francos a Blanche Fouchar de Levaseur. Dos mil francos a Monsieur Dauge. Nombro por mi Albacea o ejecutores testamentarios a mis amigos Don Pablo Gil, banquero, Don José Borbón, de Buenos Aires, propietario, a Don José Fabián Ledesma y a Don Antonio María Flores, argentino. Hecho en París, todo de mi mano, el veinte de mayo de mil ochocientos ochenta y tres. -Firmado: Juan Bautista Alberdi.- Y para que conste e insertado en este libro de Actas del Consulado este proceso verbal, que junto con los testigos arriba mencionados. El Cónsul O. Bemberg. Los testigos: B. Probst.- E. L. Séverin.-P. Gil.- José F. Ledesma”.²⁴

CONSULADO GENERAL
DE LA
REPUBLICA ARGENTINA



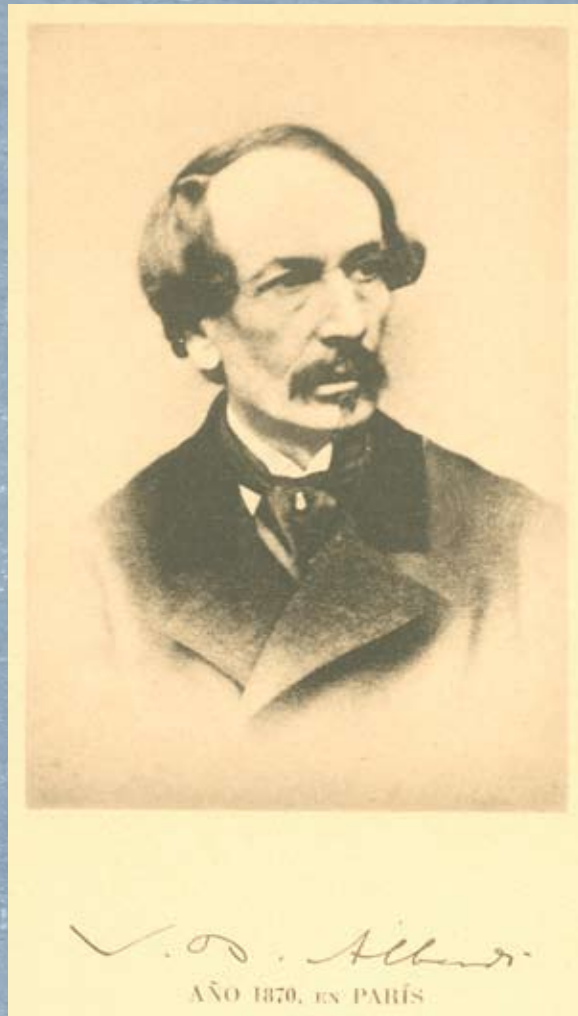
(1)

Testimonio.-Ante mí, Don Otto Bomberg, Cónsul de la República Argentina en París, a veinte de Junio de mil ochocientos ochenta y cuatro a las dos P.M. han comparecido los Señores Don PABLO GIL, banquero, establecido en esta Capital y Don JOSÉ F. LEBRONA, negociante establecido idem en el Hotel du Louvre quienes me han anunciado la muerte de Don JUAN BAUTISTA ALBERDI y han depositado en mis manos, en la dicha fecha dos pliegos cerrados; el primero con las inscripciones siguientes: "Pliego que deposito cerrado en manos de mi honrado amigo el Señor Don Pablo Gil para abrirse únicamente en el caso extremo de que esté informado por mí Juan B. Alberdi" "Personal.-Al Señor Don Pablo Gil" conteniendo otro pliego cerrado y sellado con las cifras siguientes: "J.B.A.L." "1884"; sobre el cual se lee: "Testamento de Don Juan Bautista Alberdi"; el segundo lleva sacrito "A.D.M.J. B.", conteniendo otro pliego cerrado y sellado cuyo timbre grabado: "J.B. Alberdi" y lleva la inscripción siguiente: "Este es mi testamento"-Y en presencia de los Señores Don R. Probst y Don E.L. Séverin, domiciliados en París y a quienes conozco, procedí a la apertura de dichos pliegos que dicen: "Este es mi testamento. Yo, don Juan Bautista Alberdi, natural y ciudadano de la República Argentina (América del Sud) habiendo tenido mi última voluntad en Chile y hallandome accidentalmente en Francia después de haber terminado la misión diplomática que me dió mi país cerca de ese Gobierno, católico de religión, de estado soltero, no teniendo herederos fijos, y estando en perfecta salud, declaro haber hecho por un acto de mera prudencia este mi testamento en los términos y cláusulas que siguen: "-Doy y lego a mi hermana Doña Tránsito Alberdi de García, viuda que vive en Tucumán, (provincia Argentina) la cantidad de cinco mil pesos fuertes; doy y lego a Don Manuel Alberdi, mi pariente, nacido y

Testamento de
Juan B. Alberdi.

Notas

1. AA.VV., *Grandes hombres de nuestra patria*. Buenos Aires, Pleamar, 1968, p. 10.
2. Figaro era un escritor español, Mariano José de Larra, cuyo suicidio provocó una profunda conmoción en el mundo intelectual porteño.
3. En una carta fechada en París el 14 de septiembre de 1843, Alberdi describe impresiones que tuvo en la primera entrevista con su compatriota:
“Me llamó la atención su metal de voz, notablemente gruesa y varonil. Habla sin la menor afectación con toda la llanura de un hombre común. Al ver el modo cómo se considera él mismo, se diría que este hombre no había hecho nada de notable en el mundo, porque parece que él es el primero en creerlo así. (...) El General San Martín, habla a menudo de la América, en sus conversaciones íntimas, con el más animado placer, hombres, sucesos, escenas públicas y personales, todo lo recuerda con admirable exactitud. Dudo sin embargo que alguna vez se resuelva a cambiar los placeres estériles del suelo extranjero, por los peligrosos e inquietos goces de su borrascoso país.”
4. Un acuerdo entre Julio A. Roca y Nicolás Avellaneda impulsó la candidatura de Alberdi como diputado nacional.
5. Juan Bautista Alberdi, *Autobiografía*. Buenos Aires, El Ateneo, 1927, p. 74.
6. *Ibidem*, p. 63.
7. J. Myers, *Nueva Historia Argentina*, T. III. Buenos Aires, Sudamericana, 2005, p. 383.
8. A. Herrero, *La Política en tiempo de guerra*. Lanús, UNLa, 2006, p. 21.
9. Juan B. Alberdi y José Rivera Indarte fueron los únicos integrantes de esta generación que expresaron públicamente sus acuerdos con el gobierno rosista, postura que sufriría modificaciones *a posteriori*.
10. F. Weinberg, “La Asociación de Mayo y el Dogma Socialista”, en *Historia Integral Argentina*. Tomo 2. Buenos Aires, CEAL, 1974, p. 121.
11. J. Myers, J., *op. cit.*, p. 419.
12. En ese discurso, Alberdi también censuró la política española que “nos hacía dormir en una cuna silenciosa y eterna”, en cambio resaltó los valores intelectuales de Francia, “aquella Nación que no duerme nunca”.
13. *Mi vida privada*, Cruz del Sur, p. 87.
14. “Alberdi y la Constitución de 1853” en *La Nación*. Buenos Aires, 24/6/1984.
15. Juan Bautista Alberdi, *Obras Completas*. Tomo V. La Tribuna Nacional, Buenos Aires, 1886, pp. 6 y 7, en *El Pensamiento de J. B. Alberdi y el Derecho Público Provincial*, de Ricardo Haro, p. 9 [Disponible en www.acader.unc.edu.ar].
16. M. García Mérou en el Prefacio de *Elementos del Derecho Público Provincial Argentino*. Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1917.
17. Juan Bautista Alberdi, *Obras Selectas*. Tomo XII. Buenos Aires, La Facultad, 1926, p. 6.
18. *Ibidem*, p. 24.
19. Juan A. Solari, “Alberdi y su tiempo” en *La Prensa*. Buenos Aires, 22/12/1968.
20. La Universidad Nacional de Quilmes reeditó esta obra en el año 2003.
21. María Rosa Lojo, “Las *Cartas Quillotanas*. Una exégesis de la realidad y el deseo” en *Clarín*, 30/08/1990.
22. La documentación fue adquirida por el Ministerio de Cultura del GCABA y es preservada por la Dirección General Patrimonio e Instituto Histórico.
23. En esta aldea, ubicada en el distrito de Caen, un amigo de Alberdi, monsieur Dauge, poseía una propiedad en la que el tucumano solía instalarse durante el verano. Actualmente la denominación de esta localidad es Saint-André-sur-Orne.
24. Extraído de Villarubia Norri, M., *Documentos Históricos del Dr. Juan B. Alberdi* (2ª edición). Buenos Aires, editorial Juventud, 1960, pp. 108-111.



Juan Bautista Alberdi, París, 1870.



La Aduana Taylor, AGN.

Desunir
para gobernar



Aduana vieja, Belgrano entre Balcarce y Paseo Colón.

Juan Bautista Alberdi aborda en muchas de sus obras la situación de crisis permanente que afectaba al país. En ellas se pueden leer términos cuya presencia es recurrente: anarquía, gobierno central, gobierno local, tesoro nacional, Capital, integridad, aislacionismo provincial, intereses provinciales, intereses porteños, caudillos y simulaciones de gobierno nacional.

Esta “situación de crisis permanente” que diagnostica la atribuye, principalmente, a la falta de un gobierno central y el usufructo del tesoro nacional y de la Capital por parte de una sola de las catorce provincias: Buenos Aires.

Si bien existieron circunstancias históricas que permitieron a Buenos Aires, desde su gobierno local, tomar decisiones de órbita nacional, esa declinación coyuntural por parte de las provincias se transformó en permanente.

A la explicación de las consecuencias económicas de la confiscación porteña en desmedro de las arcas provinciales se le sumó una interpretación de carácter sociológico, que es la que establece el autor entre el uso indebido del tesoro y los caudillos.

Por último, plantea una cuestión central: desarrollar el papel de Buenos Aires y su resistencia a favorecer o impulsar la construcción de una autoridad nacional. Alberdi definía al objetivo principal de la política bonaerense de modo contundente: “desunir para gobernar”.

Principios de desunión

Alberdi sostiene que se puede citar como principio de partida de la desunión entre Buenos Aires y el resto de las provincias el día en que estas se liberaron del gobierno español, poder bajo el cual habían vivido unidas como un solo cuerpo político por más de dos siglos.

La desunión no vino porque fuese español el gobierno que faltaba sino porque su ausencia no fue reemplazada por otro gobierno, ni

español ni argentino. Así han vivido esas Provincias desde 1810 hasta 1853, sin gobierno común o nacional interior, y su ejemplo es único en la historia del mundo. Es preciso que la ley de cohesión que las hace ser un solo cuerpo político tenga su razón de ser en la fuerza de las cosas, para que no se hayan separado de todo en Estados independientes.¹

Afirma que la Revolución de Mayo no produjo esa liberación para que en estas tierras no se instalara gobierno alguno, ya que la estructuración de este supone la existencia de un pueblo civilizado por la presencia de un gobierno nacional, y es el primer indicador de civilización. Los dos principales objetivos de ese movimiento libertario fueron: a) destruir la autoridad española y su sistema colonial, y b) fundar la autoridad nacional a través de la soberanía popular e instalar un régimen de libertad y progreso.

Para cristalizar el primero de los objetivos, fue necesario llevar adelante la Guerra de la Independencia y para definir la forma en que debía constituirse el nuevo gobierno, hubo que atravesar una guerra civil.

Buenos Aires se puso al frente de la citada empresa que, como se dijo, consistía en acabar con la autoridad española y conformar el propio gobierno nacional. El combate por la independencia exigía una férrea unidad y fue por ello que el conjunto de las provincias aceptó, coyunturalmente, que Buenos Aires ejerciera el gobierno general.

Así el gobierno de Buenos Aires, sin dejar de ser local por su origen, ejerció la autoridad general de las demás Provincias por una necesidad de la revolución contra España, mientras duraba la guerra de la Independencia. Desde entonces, y por ese medio, Buenos Aires empezó a gobernar a las Provincias, sin que ellas tuviesen parte en la elección ni ejercicio del gobierno de Buenos Aires. Es decir que si quedaron libres del gobierno de España,

no por eso tuvieron un gobierno propio y representativo de las mismas.²

Buenos Aires no podía desconocer el genuino derecho que tenía la Nación de darse un gobierno unificado, debido a ello postergó este paso trascendental. Esta desunión permitía que Buenos Aires ejerciera el gobierno sobre las provincias y perpetuara su poder sobre ellas; esto impedía al interior superar la desunión por carecer de un gobierno central.

He aquí el modo como eso sucedía. Puerto único de todas las provincias (...) Buenos Aires tenía su aduana común en su puerto, único también para su misma provincia. Buenos Aires les percibía su renta, en que consiste todo el tesoro público argentino; y en razón de la desunión o separación doméstica en que las Provincias existían por falta de gobierno interior general, la provincia de Buenos Aires se apropiaba para sí sola la renta de aduana de todos los demás por el hecho de cobrarla en su puerto.³

A la explotación exclusiva de los ingresos de la aduana, Alberdi señalaba el uso indebido que Buenos Aires hacía del crédito público. Afirmaba que como no se podía discutir que la aduana era nacional, tampoco se podía negar que era nacional el crédito público.

De este modo la desunión no solo dio a Buenos Aires el gobierno general de las Provincias, sino que le dio también la posesión del tesoro público de todas ellas.⁴

Alberdi resumía así la política de Buenos Aires: desunir para gobernar y gobernar para desunir, y la responsabilidad de la fractura era, únicamente, de quien gracias a ella “recibe el poder y el tesoro que no le pertenecen”.

Las provincias, explicaba, conformaban un solo país pero no tenían derecho a intervenir en las decisiones que cada una, individualmente, tomara; ese derecho solo podía ser ejercido por un gobierno nacional. El derecho de no intervención fue invocado en forma recurrente por Buenos Aires y, concomitantemente, defendió la integridad de su territorio provincial. Esta política fue útil para mantener dividida la República y para no establecer un gobierno general.

La defensa de ese territorio suponía, entre otras cosas, no ceder la Capital al resto de las provincias.

Con la capital Buenos Aires les quitaba a las Provincias sus archivos generales, sus trofeos comunes, sus establecimientos, sus oficinas nacionales, su centro administrativo secular y no necesitaba quitarle otra cosa para impedirles constituir un gobierno nacional por el que escapasen de la desunión de táctica.⁵

Esta privación obligaba a las provincias a delegar en Buenos Aires el desempeño de la política exterior. Este ejercicio suponía una injerencia muy importante sobre las decisiones de los gobiernos del interior.

Se sabe que para un país desierto relativamente, la política exterior es todo su gobierno, pues ella abraza la paz y la guerra, las alianzas, el comercio y la navegación, las aduanas y tarifas, los tratados comerciales, etc.; ramas de que dependen el tesoro público, la población y el progreso del país nuevo.⁶

El poder porteño era consciente de que al negarle la Capital al resto del territorio imposibilitaba la constitución de un gobierno nacional, de allí su militancia en una política aislacionista, que le permitía sostener un efectivo poder sobre el conjunto de las administraciones provinciales.

La apropiación de las tierras públicas y del tesoro por parte de los bonaerenses significaba recortar la base del crédito fiscal de las provincias, por eso, por ejemplo, la ciudad de Buenos Aires podía emitir deuda y contraer empréstitos en condiciones mucho más ventajosas de lo que podía hacerlo el resto de la Nación.

Estas ventajas transformaban a Buenos Aires, según Alberdi, en una “especie de Estado en el Estado, una Nación dentro de la Nación misma”.⁷

Esta particular situación hacía que la integración a una mayoría nacional careciera de atractivo, esta acumulación de fuerza particular generaba una posición asimétrica con el resto del conjunto.

Buenos Aires hacía de su integridad provincial el instrumento más poderoso de la resistencia contra el reestablecimiento de la integridad nacional de la República, colocando al país, que encerraba dos integridades incompatibles, en el peligro de desmembrarse definitivamente en dos naciones.⁸

Presentación del proyecto de Eduardo Madero para el puerto de Buenos Aires, de O. Cortazzo.



Poder local

Juan Bautista Alberdi sostiene en *Elementos del Derecho Público Provincial Argentino* que Buenos Aires no tuvo delegación alguna de poderes por parte de las provincias hasta el año 1825; las circunstancias históricas permitieron que desde el gobierno local porteño se tomaran decisiones pertenecientes a la órbita nacional.

Lo expuesto no quiere decir que no subsistiera el marco institucional que, en su momento, asignaron esas facultades. Ese gobierno local fortalecido tenía limitaciones en sus facultades y, por otra parte, las provincias argentinas ejercieron hasta 1835 los poderes que corresponden al gobierno nacional.

En el sistema local de Buenos Aires tuvo origen y apoyo el sistema local de las demás provincias. Todas imitaron a la Capital el sistema de sus instituciones de gobierno provincial; y Buenos Aires vino a ser el creador indirecto del orden de cosas que ha formado la dificultad más grande para crear un gobierno común, por las facultades que se habían apropiado, a su ejemplo, todas las demás provincias.⁹

Según Alberdi, Buenos Aires, por fuerza de la costumbre, incorporó la convicción de que aquellos poderes, que había recibido en forma transitoria ante una grave situación de crisis,¹⁰ eran de carácter permanente.

Para explicar el sistema en el que descansan las instituciones locales, Alberdi se retrotrae a Bernardino Rivadavia ya que, según él, fue el responsable de impulsarlas.

Rivadavia fue el primero que organizó un gobierno de provincia en la República Argentina, compuesto de todos los poderes y herramientas de un gobierno representativo. Ese ejemplo dado para cundir en la

República, cundió como se calculó, y cada provincia tuvo su gobierno local compuesto de tres poderes. Rivadavia creó así el sistema local o provincial, que hasta hoy disputa el lugar al sistema general, que no pudo crear.¹¹

Alberdi ejerce una explicación para justificar esta construcción “rivadaviana” que constituyó un verdadero aislamiento provincial. El unitario Rivadavia es convocado como ministro, en 1820, por el gobernador Martín Rodríguez. En una época de crisis, de confrontaciones y aislamiento, se vio en la obligación de adaptar las instituciones de la provincia a esos tiempos.

Gobernando por los federales y con ellos, asume Alberdi, Rivadavia debió contemporizar con el provincialismo, y Alberdi asegura que a esas instituciones:

(...) las fundó por la necesidad; porque conoció que era necesario apoyar la vida política en bases permanentes, en vez de vivir entregados a lo arbitrario y casual. Pero las fundó locales para transformarlas en breve en instituciones nacionales.¹²

Más adelante, Alberdi avanza con la crítica y afirma que esas instituciones locales creadas por Rivadavia tenían dos defectos “capitales” de forma: 1) en lugar de ser instrumentos provinciales se trataba de instituciones con características que se ajustaban a la Nación y 2) no eran herramientas eficientes para consolidar la libertad interior y local y, por el contrario, oxigenaban e impulsaban la arbitrariedad. Para concluir, afirma que se trataba de verdaderos obstáculos interpuestos en el camino de la construcción del gobierno nacional y en el establecimiento y la consolidación de la libertad interior.

Las causas de la anarquía

Alberdi sostenía que en la República Argentina existía una anarquía permanente y que, fundamentalmente, esto se debía a dos causas. La primera de ellas era la falta de un gobierno central para la Nación:

En lugar de gobierno común, el país presenta catorce gobiernos que no tienen dependencia entre sí, ni respecto de otra autoridad suprema (...) Donde falta el gobierno nacional, la paz no puede existir por sí sola, aunque la nación esté poblada de ángeles. Imaginaos que en Francia faltase el gobierno central del todo por diez días. ¿Creéis que la autoridad de los prefectos de departamentos bastaría por sí sola para conservar la tranquilidad general?¹³

En realidad, no se precisaría otra causa: carecer de un gobierno central sería motivo suficiente para justificar y explicar un proceso de anarquía en cualquier sociedad. Pero, Alberdi sostiene que en la República Argentina existe una causa aún más poderosa que esa, y esta causa, señalada precedentemente, estaba generada a que tanto la Capital como el tesoro de la Nación se encontraban en usufructo de una sola de las catorce provincias: la de Buenos Aires.

Esta segunda causa representaba, ni más ni menos, el monopolio del comercio exterior que suponía, como una de sus principales consecuencias, una confiscación de la renta de la aduana. No critica el ejercicio del monopolio en general (es más, afirma que pueden existir prácticas monopólicas lícitas) pero afirma que, en este caso, se trata de una acción confiscatoria.¹⁴

Bajo el monopolio de España, Buenos Aires tenía el monopolio legal del comercio directo, pero la renta que producía ese monopolio era distribuida entre todas las Provincias argentinas. Buenos Aires

hoy día conserva de hecho ese monopolio, y además se apropia de la renta nacional que él produce. De esta confiscación, sin embargo, no es responsable la conciencia de Buenos Aires aunque lo sea su bolsillo (...) ¹⁵

Las causas de la anarquía y del conflicto civil que afectan de manera sostenida al conjunto de los argentinos debían buscarse entre las cuestiones señaladas y Juan B. Alberdi aconsejaba “no culpar a la República”. La génesis de este asunto no estaba instalada en la forma de gobierno, entonces él apuntaba al problema de fondo: la confiscación del bien de la Nación por una sola localidad.

Suponen un rey, un emperador o un dictador en lugar de un presidente; si convertir en propiedad de una provincia, que no está bajo la autoridad inmediata del rey, la capital y el tesoro de toda la Nación, el rey se quedará sin poder alguno efectivo, sometido con su corona y su cetro a la tutela de la autoridad local, que absorbe los instrumentos positivos del poder (...) haced todos los cambios imaginables: si dejáis en manos de la Provincia de Buenos Aires y para su servicio exclusivo toda la contribución de aduana que en su puerto pagan los argentinos de todas las Provincias, dejáis en pie la guerra civil, porque dejáis en pie sus causas. ¹⁶

Afirma que las consecuencias que producen estos desequilibrios distributivos en el conjunto de la Nación son devastadores: “(...) son la guerra, la desnudez, el atraso, los crímenes y la violencia de todo género”. Son esos efectos que se esperan en cualquier contienda, ante cualquier agresión general, de carácter externo o interno y que con breves intervalos, asegura, “ese es el cuadro que presenta la historia de la República Argentina durante los cincuenta años que lleva de existencia”.

Esos mismos desequilibrios fueron los que instrumentaron las condiciones para que Buenos Aires desplegara un tipo de gobier-

no provincial soberano, transformándose, por esta cuestión, y como es lógico, en el mayor obstáculo para la implementación de un gobierno nacional. Por ende, esta modalidad provincial se había convertido en una deformación del antiguo régimen general de gobierno, lo que Alberdi denomina “una localización de los intereses nacionales”, por eso afirmaba que no se podía organizar una autoridad nacional sin antes desarticular el poder bonaerense.

El autor de *Bases...* señalaba que debido a la apropiación del tesoro nacional por parte de los porteños, esa provincia tenía tres veces más dinero del que necesitaba para el gasto de su gobierno local y que, por el contrario, el interior debía hacerse cargo de una segunda contribución para sostener, con muchas dificultades, los gobiernos locales.

Las Provincias costean a Buenos Aires sus ferrocarriles, sus telégrafos, sus mejoras de todo género con el dinero de su bolsillo, y se quedan con sus riquezas naturales, ahogadas en el polvo del desierto, suspirando por un ferrocarril, y arrastrándose en carretas que se eternizan en huellas profundas y seculares. Poco importa para la riqueza general que se multipliquen los caminos de hierro en la Provincia de Buenos Aires, si se construyen con el dinero que deja de emplearse para hacerlos en las Provincias, donde son más necesarios que en Buenos Aires, pues la riqueza de esta provincia, que consiste en ganado, se mueve por sus propios pies; mientras que los algodones, los metales preciosos y los ricos productos vegetales de las otras Provincias no pueden salir al extranjero por la falta de caminos y de canales.¹⁷

Juan Bautista Alberdi, además de las consecuencias en las economías regionales, hacía una lectura sociológica de la cuestión y explicaba que la confiscación que realizaba Buenos Aires sobre las partidas de la aduana tenía como contrapartida, entre

otras cosas, la consolidación del caudillaje. Para él, el caudillo en la República Argentina era un gobernador provincial a quien se le dificultaba su mandato debido a la incorrecta apropiación porteña.

¿Qué es el gobernador de una provincia argentina? Es el jefe de un gobierno local que no tiene renta, y que no reconoce autoridad suprema que le impida tomarla donde y como pueda, es un poder que tiene necesidades y deberes que cumplir y que no tiene fuero en la adquisición de los medios que necesita para llenarlos. Poned un ángel en esa situación, tendrá que hacerse un diablo. Esto es el caudillo.¹⁸

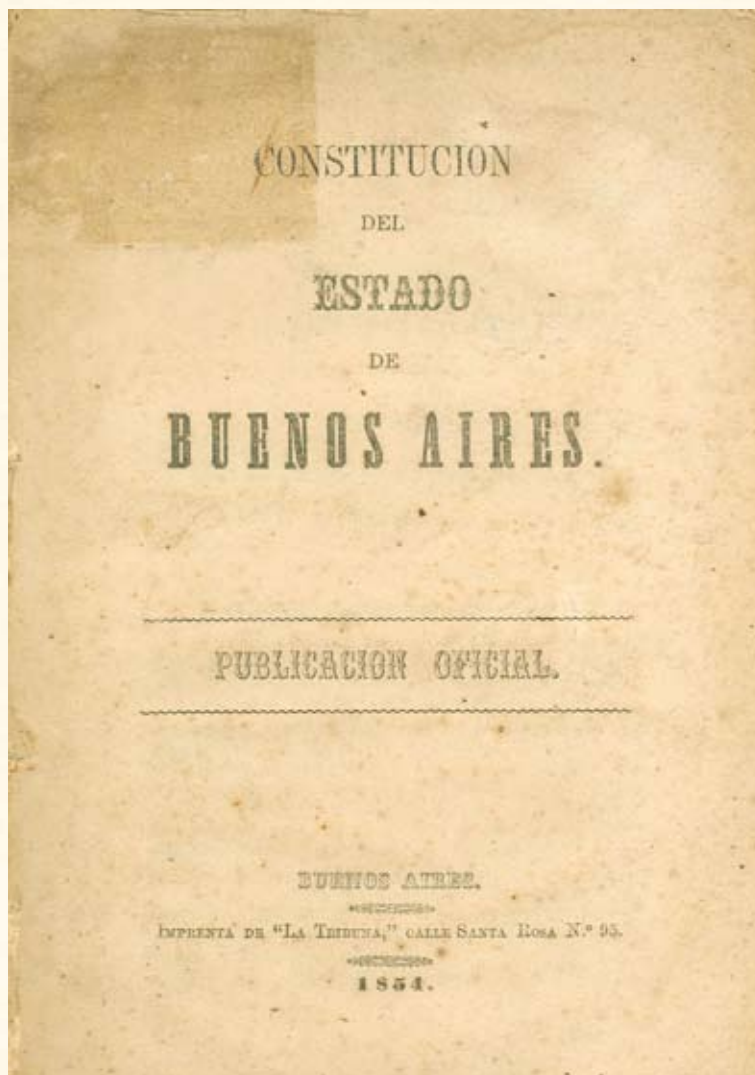
Criticaba los discursos políticos que depositaban todos los males en el caudillo y volvía a remarcar que estos personajes eran una especie de “proyectiles” disparados desde Buenos Aires a través de una máquina denominada federación y para Alberdi, federación significaba ausencia o relajación del gobierno nacional.

(...) la federación y el caudillaje ceden en utilidad de Buenos Aires, constituyen en cierto modo su causa, y si no son su obra, viven al menos por su responsabilidad.¹⁹

Ahora bien, ¿cómo pudo la Nación existir y gobernarse sin tener un gobierno?, se preguntaba Alberdi. Por la instrumentación de simulacros y por la construcción de apariencias de gobierno, se respondía. Pero todo ello no sirvió para dar las soluciones que la problemática exigía. Según él, las modalidades adoptadas para suplantar al gobierno nacional fueron cuatro:

- La delegación del ejercicio de la política exterior a la provincia de Buenos Aires (caso Juan Manuel de Rosas).

- El intento de la constitución de un gobierno nacional sin Capital propia y con el tesoro retenido (caso Santiago Derqui).



Col. Dirección
General Patrimonio e
Instituto Histórico.

- Cuando se arrancó a Buenos Aires parte del tesoro nacional por leyes diferenciales y aceptando el préstamo de una Capital provisoria (caso Justo José de Urquiza).²⁰
- Un gobierno nacional con toda la provincia de Buenos Aires como Capital (caso Bartolomé Mitre)

Ninguno de los cuatro ha impedido ni impedirá probablemente la anarquía, porque todos ellos dejan en pie sus dos causas radicales, a saber: la capital y el tesoro de la Nación en manos de la Provincia de Buenos Aires, y a la Nación con una apariencia de gobierno en vez de un gobierno verdadero.²¹

Notas

1. Juan Bautista Alberdi, *Condiciones de la unión y consolidación de la República Argentina*. París, Imprenta de José Jacquin, 1862, p.2.
2. *Ibidem*, p.3.
3. *Ibidem*, p.5.
4. *Ibidem*, p.6.
5. *Ibidem*, p.11.
6. *Ibidem*.
7. *Ibidem*, p.14.
8. *Ibidem*, p. 15.
9. Juan Bautista Alberdi, "Elementos del Derecho Público Provincial Argentino", en *Obras Escogidas*. Tomo I, Buenos Aires, Luz de Día, 1952, p. 372.
10. Alberdi define a esa grave situación de crisis como "la situación que sucedió al desquicio de 1820".
11. *Ibidem*, p. 373.
12. *Ibidem*.
13. Juan Bautista Alberdi, *De la anarquía y sus dos causas principales de gobierno y sus dos elementos necesarios en la República Argentina con motivo de su reorganización por Buenos*

Aires. Buenos Aires, Imprenta La Tribuna Nacional, 1886, p. 156.

14. Más allá de esta dura acusación, Alberdi exculpa, de alguna manera, a Buenos Aires de esta situación: "En esa confiscación, Buenos Aires es responsable del provecho que ella deja, pero no de una falta culpable en su perpetración. La generación actual no la ha cometido, pues esto viene de ahora cincuenta años. Ella está en el caso del que hereda una fortuna mal habida y la posee de buena fe: su primer instinto es defenderla." (*De la anarquía...*, p. 167).

15. *Ibidem*, p. 157.

16. *Ibidem*, p. 168.

17. *Ibidem*, p. 171.

18. *Ibidem*, p. 172.

19. *Ídem*.

20. "(...) única especie de gobierno nacional posible, mientras Buenos Aires no entregue a la Nación su capital y su tesoro. Por eso alcanzó a vivir siete años; y habría durado hasta hoy si el tesoro que la sostuvo no hubiese sido devuelto á Buenos Aires por la supresión de la derechos diferenciales." (*De la anarquía...*, p. 174).

21. *Ibidem*.



Plano Administrativo de la Capital del Estado Argentino de Buenos Ayres, Ing. Nicolás Grondona, 1856, MHN.

Dividir Buenos Aires
para unir la Nación



J. B. Alberdi

En Valparaíso.—Año 1852

J. B. ALBERDI

B A S E S

Y PUNTOS DE PARTIDA

PARA LA ORGANIZACIÓN POLITICA

DE LA

REPÚBLICA ARGENTINA

FRANCISCO CRUZ

BUENOS AIRES: Avenida de Mayo, 715.

PARÍS: Avenue de l'Opéra, 32.

A partir del resultado de la batalla de Cepeda (1859), el principio de unidad y de integridad obtuvo un nuevo impulso y ganó espacio ante el clásico separatismo de Buenos Aires. Desde ese momento, la dirigencia bonaerense optó por restaurar la táctica de la desunión. Abandonada la vía militar debido a la derrota sufrida, instrumentó herramientas diplomáticas que exhibieron una aprobación de la unidad nacional, pero esto solo era una demostración superficial, ya que en realidad estaba trabajando para destruir esa unificación que manifestaba aceptar.¹

Ya se ha señalado cómo la división entre Buenos Aires y las provincias argentinas canalizaba hacia el gobierno porteño decisiones e ingresos que, en realidad, correspondían a la Nación en su conjunto. Sin embargo era posible mientras se mantuviera, aunque fuera en apariencia, un esquema de unidad. Alberdi afirmaba que si Buenos Aires se transformaba en un país completamente independiente de la Nación argentina, perdería toda su importancia.

Haciéndose independiente de ellas [del resto de las provincias argentinas] absolutamente, no habría tenido medio de impedirles que reglasen su navegación y su comercio exterior con absoluta prescindencia de Buenos Aires y en su interés exclusivo. Le convenía pues quedar en una especie de unión con las Provincias, que no fuese unión completa ni dejase de serlo y esa cuasi unión fue otro de los expedientes que usó la política local de Buenos Aires para impedir a las Provincias que formasen unión completa, y constituyesen un gobierno consolidado para toda la nación.²

Ahora bien, según Alberdi, ¿cuál era la determinación política ineludible que debía impulsarse para la obtención de un gobierno general en el marco de la paz y el progreso de la Nación? El tucumano no tenía ninguna duda al respecto, para ello era imprescindible la división de Buenos Aires.

La cuestión de Buenos Aires no es meramente una cuestión de capital. Es la cuestión del tesoro nacional, que Buenos Aires recauda y retiene como puerto en que todas las Provincias pagan su contribución de aduana. Organizar un gobierno sin Buenos Aires es como organizar un gobierno argentino sin tesoro. (...) Resistir la división administrativa de Buenos Aires significa pura y netamente resistir la entrega de la capital, del puerto situado en ella y del tesoro de la nación a la autoridad nacional, para hacer imposible la organización de esa autoridad, y mantener desquiciada la nación en provecho de una sola provincia.³

Esta división, de acuerdo con el criterio del autor de *Bases...*, debía ser lo menos traumática posible. Para que este desmembramiento no generara desórdenes entre los porteños ni fuera considerado un acto ofensivo en su contra, a la ciudad que lleva su nombre se la debía instaurar como Capital de la Nación. “Si es verdad que Buenos Aires debe entrar en la unión dividida, también lo es que su ciudad debe entrar como Capital”, sostenía Alberdi.

Sólo á esta condición [designarla Capital] será su entrada una solución permanente de la crisis que dura desde cincuenta años. La mera división de Buenos Aires como medio de efectuar su incorporación, solo daría satisfacción a las Provincias. La incorporación sin división solo daría satisfacción a Buenos Aires.

A continuación señala:

La unión en la forma que proponemos es la solución que satisface a la vez el interés bien entendido de Buenos Aires y el interés bien entendido de la nación. Esta será la única solución definitiva a la cuestión argentina, que se reduce toda a la cuestión de Buenos Aires como la cuestión de Italia se reduce toda a

la cuestión de Roma, pues las cuestiones de capital son siempre capitales.⁴

Esta división o redistribución del territorio argentino con miras a la constitución de un gobierno nacional era indispensable, debido a que el autor consideraba a Buenos Aires como la “fracción más grande y desproporcionada” y cuya presencia en el seno de la unión era la causa de los trastornos que en forma regular debía afrontar la Nación.

Es muy interesante señalar que Alberdi, además de proponer la designación de la ciudad de Buenos Aires como Capital de la República a manera de reconocimiento y para morigerar los efectos refractarios ante esta división por parte de los porteños, acercaba otro mecanismo de participación popular para aceitar y sustentar la implementación de esta medida: la consulta a través de un plebiscito.

Es preciso consultar por un plebiscito el sufragio directo y universal de la parte del pueblo que se trata de dividir o separar de la otra, porque a nadie sino a ella le afecta más inmediatamente el asunto.

A renglón seguido, Alberdi realiza algunas precisiones sobre este procedimiento:

Pero no bastará obtener el voto de la población. Convendrá tomar medidas para que el voto sea independiente y libre de todo influjo capaz de extraviarlo por presión, violencia o artificio. Luego el plebiscito o voto popular debe hacerse bajo la salvaguardia de un influjo nacional. Así es como se ha operado la unión de toda la Italia, pues oír el voto de sus gobiernos locales habría sido escuchar al interés de mantener dividida la nación.⁵

Un gobierno general

Para Juan B. Alberdi, la unidad nacional era la consecuencia de la renuncia de poder de cada una de las localidades. Esta obra solo podía ser fruto de la voluntad de la Nación, la verdadera portadora de la autoridad y la garantía del derecho; esa unidad nacional no podía ser generada por pactos bilaterales o actos voluntarios.

Presentada de mil modos, revestida de mil trajes, esa cuestión se reduce a la lucha de dos principios que se debaten en el mundo, el de la soberanía nacional con las resistencias del localismo, y su objeto final es la constitución de una autoridad para toda la nación.⁶

Una de las consecuencias del desmembramiento del poder español en estas tierras fue depositar, bajo el usufructo exclusivo de la provincia de Buenos Aires, la Capital y el tesoro nacional, como ya se ha señalado. Por ende, el restablecimiento de un gobierno general restituiría a la Nación su Capital y su tesoro y esto se lograría simplemente con la incorporación de la provincia de Buenos Aires.

Un gobierno que solo existe para dar no puede servir para ahorrar y aumentar la riqueza del Estado. Su mera existencia es una causa de pobreza, de dilapidación y de crisis regular y permanente.

El hecho de su existencia cara y estéril, solo sirve para acabar de probar que la fuente principal de la riqueza pública es la institución de un gobierno regular, serio y eficaz, pues un gobierno tal significa paz y seguridad.

Y desarrolla la explicación:

La ausencia real de ese gobierno, probada por la falta notoria de una capital, en que consiste todo ese gobierno por las condiciones

geográficas e históricas de la República Argentina, es la causa principal del malestar económico de ese país en el presente, exactamente como lo era bajo Rosas, y lo fue en el tiempo en que Rivadavia intentó curarlo, dando a la nación el gobierno de que carecía con solo darle la capital y residencia a Buenos Aires. Ese es el gobierno que hoy le da la Constitución escrita; pero otro gobierno oculto, encargado de hacer ineficaz la Constitución, es el que arrebató el poder real con solo mantenerlo sin capital y sin poder exclusivo y directo en la capital de su residencia. Lejos de extrañar que un estado de crisis económica sea el resultado permanente de esa falta, lo inconcebible fuera que la crisis dejase de existir como su efecto natural.⁷



La consolidación, o la unidad general, habrían de significar para las provincias la herramienta que les permitiría reivindicar su Capital y su tesoro.

La unidad restituiría a las provincias seis millones de duros anuales y un crédito público correspondiente, que la federación o separación en que Buenos Aires se mantiene respecto a ellas (no obstante todas las apariencias de unión) deja hoy día en esta provincia. Unificar el gobierno no es otra cosa que unificar el tesoro; es decir, gastarlo en utilidad y servicio de toda la nación, así como toda ella contribuye a formarlo. La unidad, según esto, forma el interés y constituye la causa de las provincias, como la federación es el interés y la causa de Buenos Aires.⁸

Es indispensable que para lograr la conformación de un gobierno general, las autoridades provinciales renuncien a un conjunto de facultades. El negarse a ceder esa porción de poder, bajo cualquier pretexto, es oponerse a la creación de la Nación.

La autoridad del gobierno general debe ser respetada y acatada en toda la extensión del territorio y por todas las instituciones y personas que lo habitan. De no ser así, “será un gobierno sin objeto, para mejor decir, no será gobierno”, sostenía Alberdi.

En política, no hay existencia nacional, no hay Estado, no hay cuerpo de nación, si no hay consolidación o unión de ciertos intereses, medios y propósitos, como no hay vida en el ser orgánico cuando las facultades vitales cesan de propender a un solo fin.

La unión argentina constituye nuestro pasado de doscientos años, y forma la base de nuestra existencia venidera. Sin la unión de los intereses argentinos, habrá provincias argentinas, no República Argentina, ni pueblo argentino: habrá riojanos, cuyanos, porteños, etc., no argentinos.⁹

Alberdi formula esta pregunta: ¿cuáles serán las atribuciones o poderes concedidos por las provincias al gobierno general, creado por todas ellas? Enumera inmediatamente aquellos objetos que deben formar parte del gobierno general:

- El territorio argentino: existe consenso sobre su extensión, integridad y límites. Por República Argentina o Confederación Argentina se reconoce a un territorio determinado, que pertenece a una asociación política específica.
- La unidad diplomática: existió esta unidad aunque fuese en virtud de la delegación del conjunto de las provincias sobre Buenos Aires. Alberdi apuntaba que esta cuestión debía recibir una organización más completa en la Constitución. El gobierno exterior del país comprende atribuciones legislativas y judiciales, cuyo ejercicio no puede ser entregado al Poder Ejecutivo de una provincia “sin crear la dictadura exterior del país”.
- La aduana exterior: aunque no estaba nacionalizada, Alberdi consideraba que se trataba de un objeto nacional, ya que todas las provincias pagaban los derechos de aduana marítima que, únicamente, percibía Buenos Aires.
- Los colores nacionales: el blanco y azul (sancionados a través de la Ley del 26 de febrero de 1818 por el Congreso General de las Provincias Unidas) son considerados por ciudadanos, instituciones, partidos políticos y gobiernos extranjeros como los colores argentinos.
- Alberdi aseguraba que existían otros objetos que debían integrar el gobierno general y que ya estaban acordados y expresados en el tratado firmado en Santa Fe el 4 de enero de

1831 y en el Acuerdo de San Nicolás del 31 de mayo de 1852. En ellos se señalan como objetos cuyo arreglo será del resorte del Congreso General:¹⁰ la administración general del país bajo el sistema federal; el comercio interior y exterior; la navegación; el cobro y la distribución de las rentas generales; el pago de la deuda de la República; todo lo concerniente a la seguridad y engrandecimiento de la República en general; su crédito interior y exterior, y garantizar la independencia y soberanía de cada provincia.¹¹

- Asignar al Congreso de la Confederación la facultad de proveer todo aquello que interese a la seguridad y el engrandecimiento de la República en general, es hacer del orden interior y exterior uno de los grandes fines de la Constitución, y del engrandecimiento y la prosperidad, otro de igual rango.¹²

Algo llamado patria

Si es verdad, como se pretende en esa misma ciudad, que Buenos Aires, puerto, comercio directo, tesoro, crédito público, poder, son términos sinónimos en la realidad de los hechos creados por el monopolio secular, la posesión de Buenos Aires por la nación a quien todo eso pertenece, es el único medio eficaz que le queda para entregar en posesión plena de sus rentas y poder, a fin de constituir definitivamente una autoridad nacional.¹³

Alberdi aseguraba que esta cuestión no debía tomarse como un accionar invasivo, no se trataba de ocupar físicamente el territorio bonaerense con la presencia de las fuerzas armadas de las provincias como si se tratara de un “país” a conquistar por una potencia extranjera. Buenos Aires, en su carácter de parte integrante de la Nación, objetivamente, no se desprendería de aquellos objetos o

instrumentos que entregara, participaría de su usufructo con el conjunto de la República.

Ese conjunto a transferir a un gobierno general no tenía porqué ser trasladado del territorio bonaerense, su cesión significaba ponerlos bajo la órbita de decisión de la autoridad nacional. Y esto se podía instrumentar definiendo que la ciudad de Buenos Aires fuese la sede del gobierno central, con esta determinación se llevaría a cabo la cesión mencionada.

(...) incorporándose a la nación, Buenos Aires conserva siempre en sus manos, retiene en su provecho mismo sus rentas y poderes, cuando los mezcla y conserva unidos con los poderes y rentas de todos los argentinos, sus compatriotas no solo los conservan íntegramente, sino que los conservan multiplicados, más bien asegurados y más juiciosamente dirigidos por la vieja regla de que ven más cien ojos que veinte, pueden más mil brazos que cien.

Seguidamente realizaba una importante definición sobre organización nacional:

Este modo de unión o de fusión de los intereses públicos es justamente lo que se llama Patria, el Estado, la Nación, palabras equivalentes que expresan una misma idea, la más elevada idea de que pueda gloriarse un hombre: la de civilización, que no es más que la sociabilidad. Todo lo demás es pobre, atrasada y degradante anarquía, que solo podrá llevar a Buenos Aires a la humilde y subalterna condición de Montevideo como estadito independiente.¹⁴

En relación con esta integración, se pregunta: ¿Buenos Aires debe integrarse a las restantes provincias o viceversa? Aquí, Alberdi nuevamente echa mano a una “respuesta progresista”: el camino que se debe recorrer es el que señale la soberanía popular.¹⁵

Haciendo referencia a esta unión de carácter interno, sostenía:

(...) como ella consiste en la incorporación de la parte al todo, como la parte que se une al todo desaparece confundiéndose con él, es contra naturaleza que la parte que así se une [cuando es un poder, por chico que sea] pacte su desaparición. Su unión entonces es el resultado de una ley, es decir, de la voluntad nacional. Esta es la unión de que se trata en la cuestión argentina, esta es la equivalente a la constitución definitiva de esa República.¹⁶

El razonamiento apuntaba a que si Buenos Aires le había tomado a las provincias, a través de la implementación de la desunión, su gobierno y sus recursos, las provincias debían instrumentar la consolidación de la unidad como la herramienta más idónea para recuperarlos. Si desde los círculos de poder bonaerense se había utilizado la desunión para impedir la concreción de un gobierno nacional, las autoridades y el pueblo de las provincias no debían tener dudas de que incorporar Buenos Aires a la Nación y conformar un gobierno de autoridad general no eran cuestiones diferentes sino que se trataba de un único e insoslayable camino. Decía Alberdi, “organizar la Nación argentina no es más que unir a Buenos Aires con la República”.

Podemos concluir que Juan Bautista Alberdi demostró con su producción y con su acción su profunda convicción acerca de la necesidad imperiosa de construir la unidad nacional como instancia superadora de las crisis recurrentes que, históricamente, aquejaban al país:

Es su idea fija y la causa fundamental que lo determina a aceptar la representación diplomática ante las cortes europeas, donde buscará por todos los medios decidir a los gobiernos el retiro de sus representantes de Buenos Aires para enviarlos a la ciudad de Paraná, capital provincial de la Confederación Argentina.¹⁷

El Estado nacional unido, consolidado, integrado era considerado como aquella instancia ineludible capaz de movilizar y distribuir equitativamente los recursos y de construir las herramientas que posibilitaran la superación de situaciones anárquicas y el despliegue de un modelo moderno de desarrollo sustentable.

Si la unificación o consolidación de todo el país argentino es equivalente a distribuir por igual entre todos sus habitantes el poder y la riqueza de que son colaboradores y autores, esa unificación y consolidación viene a ser el solo medio de defender y conservar la independencia y la integridad del país argentino contra las aspiraciones de vecinos, menos bien dotados, que necesitan reconstruir sus territorios.¹⁸

A lo largo de su obra, con coherencia y obsesión, Alberdi deja claramente establecido cuáles eran los preceptos indispensables que había que impulsar para poder concretar la tan ansiada unidad nacional: la restitución de la Capital y del tesoro en beneficio del conjunto de todas las provincias, solo así se podría avanzar en la conformación de un gobierno central.

Con relación a la cuestión Capital, Alberdi afirma:

La capital de una Nación (...) es la ciudad en que residen sus autoridades nacionales. En el Plata (...) es mucho más. Es la ciudad en que se encuentran, por razones de geografía, de historia y de tradición, las fuerzas y elementos naturales del gobierno nacional, de tal modo radicados que aún sin la autoridad de este nombre, el poder nacional existiría sin el nombre, en cualquier autoridad que allí existiese.

Más adelante continúa:

De ahí viene que tras la ausencia de una Capital, lo que realmente faltaba era la existencia de una nación, en el sentido de un estado

idéntico, y más o menos consolidado en un solo cuerpo de nación. La ausencia de una capital y de un estado o nación de que la Capital era expresión y símbolo, implicaba la falta de un gobierno nacional, pues donde no hay Nación no puede haber gobierno nacional.¹⁹

El tema de la distribución de los ingresos o el manejo de los fondos del Tesoro Nacional, de acuerdo con la óptica de Alberdi, queda claramente reflejado en la redacción del artículo 4º de la Constitución Nacional de 1853 (cuyas fuentes doctrinarias se encuentran en *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*):

Art. 4º: El Gobierno Federal provee a los gastos de la Nación con los fondos del Tesoro Nacional, formado del producto de los derechos de importación y exportación; del de la venta o locación de tierras de propiedad nacional; de la renta de correos; de las demás contribuciones que equitativa y proporcionalmente a la población imponga el Congreso general y de los empréstitos y operaciones de crédito que decreta el mismo Congreso por sugerencias de la Nación o para empresas de utilidad nacional.²⁰

Alberdi sostenía que la unidad nacional y la consolidación del gobierno central solo podían sustentarse si se llevaba adelante una distribución equitativa del poder y de las riquezas entre todos los habitantes del país:

Si todos concurren a formar el poder y la riqueza nacional, es justo que todos los posean y disfruten, porteños y provinciales.²¹

Los temas señalados atraviesan gran parte de la obra de Alberdi. A ellos se suman otros, de estrecha relación: anarquía, gobiernos locales, integridad, aislacionismo provincial, intereses provinciales, intereses porteños, caudillos, simulaciones de gobierno nacional,

etc. Todos ellos descriptos y analizados por el autor de *Bases...*, con el objetivo de aportar a su tan anhelada unidad nacional.

Ese objetivo superior, de una manera o de otra, lo acompañó a veces, y lo persiguió otras tantas. Por ese impulso permanente no solo trabajó desde la teoría, sino que también sumó su persona a la Confederación Argentina, cuya experiencia de gobierno significó la intención más sólida de concretar la estructuración de un Estado nacional que se había conocido hasta ese momento.

El historiador Oszlak explica:

(...) no cabe duda de que el enfrentamiento que durante una década separó a Buenos Aires de la Confederación Argentina, luego de Caseros, tenía profundas raíces económicas (...) la solución propiciada por el interior al discutirse las bases de la organización nacional pretendía imponer a Buenos Aires una política proteccionista que asegurara la colocación de su producción en el expansivo mercado del litoral, así como asegurar una participación más equitativa de la aduana bonaerense. Esta propuesta habría restringido no solamente la floreciente actividad introductora monopolizada desde Buenos Aires, sino también la fuente fundamental de recursos que permitía el mantenimiento de un aparato burocrático-militar crucial para la viabilidad institucional de la provincia escindida, y para respaldar su pretensión de constituirse en el eje articulador de un nuevo modelo de organización social.²²

El mismo autor sostendrá que el enfrentamiento posterior a Caseros entre la provincia de Buenos y los gobiernos del interior se puede explicar como el emergente político-militar de una confrontación entre dos modelos diferentes de unidad nacional que describían intereses económicos contrapuestos.²³

En *Estudios económicos*, Alberdi ya había hecho referencia a esta cuestión, la importancia de la economía, el peso de los intereses económicos:

Los historiadores como los publicistas, ignoran, no se ocupan de economía política ordinariamente. Obrando de ese modo, ellos descuidan lo principal, pues los hombres y los pueblos se gobiernan por los intereses que sirven a su existencia, no por ideas: las ideas cubren intereses casi siempre.²⁴

Feinmann esquematiza estos intereses en dos grandes sectores: liberalismo duro y liberalismo integracionista. El primero estaba representado por figuras como Domingo Sarmiento y Bartolomé Mitre y sus objetivos se asociaban con un Buenos Aires hegemónico y un interior subsidiario a sus necesidades. En el segundo sector militaban los “hombres del Paraná”: Alberdi, Andrade y José Hernández, entre otros.

Eran tan liberales como los hombres de Buenos Aires, pero, federalistas por vocación y destino, buscaban antes la unión que el enfrentamiento con las provincias mediterráneas.

Alberdi, su representante más lúcido, proponía una integración de todo el litoral (porteño y entrerriano) a través de una política que nacionalizara la Aduana, abriera los ríos y complementara nuestra economía con la de Europa.²⁵

Más adelante, Feinmann afirma:

Sarmiento-Mitre y Alberdi coincidían en el proyecto de complementación, pero los primeros, hombres más prácticos y decididos, advertían que, para realizarlo, era necesario antes exterminar las resistencias de las Provincias (en lugar de integrarlas: ¡absurdo disparate!), proclamar que “la democracia es un vicio” y hacer “la unidad a los palos”.

Y concluye:

El integracionismo alberdiano, como todo integracionismo, requiere ciertas concesiones democráticas que no podían permitirse los liberales del siglo XIX y que los que vinieron después solo concedieron cuando se vieron compelidos a ello.²⁶

Sin lugar a dudas, el legado de Juan Bautista Alberdi a nuestra construcción institucional es invalorable, entendió desde su tiempo las necesidades de la época y supo evaluar las que impondría el futuro. Por eso es indiscutible la vigencia y la fuerza del pensamiento del autor de *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*.

Entre otros aportes, como señala Natalio Botana,²⁷ de ese pensamiento sofisticado aplicable a la actualidad se puede mencionar la enunciación de aquellas condiciones elementales que debe exhibir un gobierno en búsqueda del progreso de la Nación: una Constitución general republicana y representativa; un pacto federal que establezca, clara y equitativamente los recursos que corresponden a la Nación y los destinados a las provincias; un acuerdo monetario y la instrumentación de las reglas que defendan los contratos en los estamentos público y privado y que sean motores para la inversión; y, por último, un pacto fiscal que sea capaz de liberar las fuerzas de la producción.

Pero, por sobre todas las cosas, el aporte trascendente de Alberdi es la actitud coherente, que lo acompañó toda su vida, su compromiso con un proyecto, la actitud militante en pos de un ideario y la entrega desinteresada de un verdadero patriota. Y pensar a la Nación más allá de la coyuntura y de los intereses sectoriales. En las postrimerías de su existencia, él mismo describió cuál fue su meta vital:

Yo he consagrado toda mi vida, es decir todos mis estudios, todos mis escritos, todas mis determinaciones de carácter político,

a un solo objeto, que es el mismo que tuvo la Revolución de América; a saber: la constitución de un gobierno nacional, independiente y libre (...) y mientras ese objeto esté sin realizarse, todo trabajo político, todo programa, todo gobierno que no se ocupe de realizarlo sale del sendero de la revolución, pierde su tiempo y cae en el más estéril y deplorable extravío.²⁸

Mis mejores jueces serán mis compatriotas y comprovincianos de ese país argentino flotante, que se llamó *emigración*. En él estarán también mis mayores adversarios personales.

Para la justicia que nace de la independencia del juez, no estará seguramente para mi vida y para mis escritos en el suelo de mi país, dominado como todo país republicano por esas corrientes de opinión y sentimiento, justo o injusto, que hacen pagar caro a la independencia sus menores desvíos de la huella común que gobierna y dirige en soberanía. Felizmente esa situación es transitoria y cederá poco a poco a la simple evolución natural del espíritu público en la dirección de un nivel que será determinado por los argentinos que al favor de la distancia, han visto a su país como lo verá la posteridad.

Juan Bautista Alberdi

Juan B. Alberdi, *Mi vida privada*. Santiago de Chile, Cruz del Sur, 1944, pp. 32-33.

Notas

1. "A esto se reduce toda su política ulterior a la batalla de Cepeda: Pacto de noviembre; plan de reforma de la Constitución Nacional; protesta contra el tratado con España; convenio del 6 de junio; ministerio del señor Riestra; reforma de la Constitución Nacional; cuestión de San Juan; cuestión de la renovación del Congreso; cuestión de Córdoba, etc., todos estos actos no son sino parte de una misma política tradicional en que Buenos Aires ha tenido por objeto restablecer su separación en la forma que le permitían las circunstancias". Juan B. Alberdi, *Condiciones de la unión...*, *op. cit.*, p. 20.
2. *Ibidem*, p. 17.
3. *Ibidem*, p. 42.
4. *Ibidem*, p. 41.
5. *Ibidem*.
6. *Ibidem*, Introducción.
7. J. B. Alberdi, *Estudios Económicos*. Buenos Aires, Imprenta Europea, 1895, p. 285.
8. J. B. Alberdi, *Bases y comentarios de la Constitución Argentina*, Obras Selectas, Tomo X. Buenos Aires, Librería La Facultad, 1920, p. 473.
9. J. B. Alberdi, *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*. Buenos Aires, Editorial Luz del Día, 1952, p. 122.
10. La facultad de establecer y reglar la administración general del país bajo el sistema federal fue diferida al Congreso Argentino por el Tratado del Litoral de 1831.
11. J. B. Alberdi, *Bases y puntos de partida...*, *op. cit.*, p. 123-125.
12. *Ibidem*, p. 128.
13. J. B. Alberdi, *Condiciones de la unión y consolidación...*, *op. cit.*, p. 31.
14. J. B. Alberdi, *De la integridad nacional de la República Argentina bajo todos sus sistemas de gobierno*. Buenos Aires, La Tribuna Nacional, 1887, p. 369.
15. Con relación a esta cuestión, Alberdi sostenía la importancia de respetar el criterio de las mayorías: "(...) hay que contar el número de argentinos que forman el pueblo de las trece provincias, y los que componen el de la provincia de Buenos Aires, compararlos entre sí, y si los primeros son un millón y los otros menos de la mitad, claro es que Buenos Aires debe ser unida a las provincias, y no las provincias a Buenos Aires (...)". *Condiciones de la unión y consolidación...*, *op. cit.*, p. 29.
16. Alberdi, J. B., *Condiciones de la unión y consolidación...*, *op. cit.*, p. 27.
17. Hilmar Digiorgio, nota preliminar en J. B. Alberdi, *La República Argentina consolidada*, Obras Escogidas, Tomo II. Buenos Aires, La Facultad, 1936.
18. *Ibidem*, p. 48.
19. *Ibidem*, pp. 50-51.
20. Este artículo expresa claramente las intenciones de las provincias del interior de imponer a Buenos Aires una política proteccionista que asegurara la colocación de sus producciones en el expansivo mercado del Litoral, además de reclamar coparticipación en sus rentas aduaneras.
21. Juan B. Alberdi, *La República Argentina...*, *op. cit.*, p. 159.
22. O. Oszlak, *La formación del...*, *op. cit.*, pp. 53-54.
23. *Ibidem*, p. 48.
24. J.B. Alberdi, *Estudios Económicos*, *op. cit.*, p. 291.
25. J. P. Feinmann, *Filosofía y Nación*. Buenos Aires, Legasa, 1982, p. 104.
26. *Ídem*.
27. Natalio Botana, "Las lecciones de Alberdi, válidas en el Bicentenario" en *Clarín*, Buenos Aires, 11 de abril de 2010.
28. Juan B Alberdi, *Escritos póstumos*, vol. 7, pp. 14-18, en Jorge M. Mayer, "La personalidad de Alberdi", Buenos Aires, Ediciones de la Municipalidad, 1964, p. 17.



J. B. Alberdi.

ESCRITOS PÓSTUMOS

DE

J. B. ALBERDI

ESTUDIOS ECONÓMICOS

TOMO I

BUENOS AIRES

IMPRESA EULOPRA, MORENO Y DEPENSA

1905

Anexo I

Biblioteca
Juan Bautista Alberdi

SISTEMA ECONÓMICO Y RENTÍSTICO
DE LA
CONFEDERACION ARJENTINA,
SEGUN SU CONSTITUCION DE
1853.

POR
J. B. ALBERDI.



VALPARAISO:
IMPRESA Y LIBRERIA DEL MERCURIO
de Santos Tornero y Ca.
1854.

INSTITUTO HISTÓRICO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES	
ORDEN	
RECIBO	
PRECIO	

La Ordenanza N° 16.383, sancionada el 20 de julio de 1960, dispuso la creación del Museo, Biblioteca y Salón de Conferencias Juan Bautista Alberdi. En los considerandos de la norma se establecía que el principal objetivo del organismo sería “fomentar la difusión de las ideas del ilustre pensador”.

En la Ordenanza también quedaba determinado cómo se conformaría este museo y biblioteca: “Será creado sobre la base de las obras completas y documentación hoy dispersa en otras instituciones o en poder de particulares.”

El 16 de noviembre de 1961, la Ordenanza N° 18.310 estipuló el área de dependencia y las principales actividades que debería desarrollar el Museo, Biblioteca y Salón de Conferencias Juan Bautista Alberdi. Se dispuso que el organismo funcionara en la órbita de la Secretaría de Cultura y Acción Social de la Municipalidad de Buenos Aires y sus tareas primordiales serían las siguientes: a) exhibición de objetos históricos, visitas guiadas y exposiciones; b) la agrupación de libros y documentación de y sobre Alberdi y su época, material sobre historia constitucional, etc. y c) la realización de disertaciones y actos culturales.

Por último, la Ordenanza N° 19.434, sancionada el 28 de julio de 1964, dispuso que “el funcionamiento del Museo, Biblioteca y Salón de Conferencias Juan Bautista Alberdi se atenderá con los créditos presupuestarios que tenía asignado el Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, cuyos locales se destinarán también para el museo”. A partir de ese momento, el Museo y Biblioteca Juan B. Alberdi pasa a formar parte del Instituto Histórico. El primer director de ambas instituciones fue el historiador y escritor Sigfrido Radaelli.

Actualmente, la Biblioteca Alberdi es uno de los servicios de consulta que ofrece la Dirección General Patrimonio e Instituto Histórico, dependiente del Ministerio de Cultura del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires. Entre las obras del autor y las editadas sobre él existen para la consulta más de 150 volúmenes. Los escritos de Juan B. Alberdi son, en su mayoría, ediciones de mediados del siglo XIX y principios del XX en excelente estado de conservación.

A continuación se detalla un listado del material que compone esta Biblioteca:

Bibliografía de Juan B. Alberdi

- *Autobiografía. La evolución de su pensamiento*. Buenos Aires, El Ateneo, 1927.
- *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*. Buenos Aires, Francisco Cruz, 1915.
- *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*. Buenos Aires, Estrada, 1952.
- *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*. Prólogo de Leoncio Gianello. Buenos Aires, Castelví, 1957.
- *Bases e pontos de partida para a organização política da República Argentina*. Río de Janeiro, Imprensa Nacional, 1941.
- *Cartas Quillotanas*. Buenos Aires, Estrada, 1955.
- *Cartas Quillotanas*. Buenos Aires, Estrada, 1957.
- *Cartas sobre la prensa y política militante de la República Argentina*. Buenos Aires, Imprenta y Litografía a Vapor de la Sociedad Anónima, 1876.
- *Condiciones de la unión y consolidación de la República Argentina*. Buenos Aires, s/e, 1862.

- *Derecho Público Provincial Argentino*. Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1917.
- *Derecho Público Provincial*. Buenos Aires, Eudeba, 1956.
- *El crimen de la guerra*. London, J. M. Dent & Sons Ltd., 1913.
- *El crimen de la guerra*. Buenos Aires, Palumbo, 1915.
- *El crimen de la guerra*. Buenos Aires, Honorable Concejo Deliberante, 1934.
- *El crimen de la guerra*. Buenos Aires, Tor, 1947.
- *El crimen de la guerra*. Buenos Aires, El Molino, 1956.
- *El crimen de la guerra*. Buenos Aires, El Tonel, 1956.
- *El crimen de la guerra*. Buenos Aires, Sopena, 1957.
- *El gobierno de Sud América según las miras de la Revolución fundamental europea*. Buenos Aires, Ciudad Editorial, 1896.
- *El Imperio de Brasil ante la Democracia de América*. París, Hachette, 1869.
- *El pensamiento político hispanoamericano*. Buenos Aires, De Palma, 1964.
- *El proyecto del Código Civil para la República Argentina*. Folleto. París, s/e, 1868.
- *Escritos póstumos*. Buenos Aires, Imp. Moreno, 1895.
- *Escritos satíricos y críticas literarias*. Buenos Aires, Estrada, 1945.
- *Estudios económicos*. Buenos Aires, Imprenta Europea, 1895.
- *Fragmento preliminar al estudio del Derecho* (facsímil). Buenos Aires, Talleres Baiocco y Cía., 1942.
- *Fragmento preliminar al estudio del Derecho*. Buenos Aires, Hachette, 1955.
- *Grandes y pequeños hombres del Plata*. Buenos Aires, Fernández Blanco, 1962.

- *Historia de la Guerra del Paraguay*. Buenos Aires, Patria Grande, 1962.
- *Intereses, peligros y garantías de los Estados del Pacífico*. Folleto. París, Galerie d'Orléans, 1866.
- *La barbarie histórica de Sarmiento*. Buenos Aires, Pampa y Cielo, 1964.
- *La República consolidada en 1880*. Buenos Aires, Librería La Publicidad, 1881.
- *La Revolución de Mayo*. Buenos Aires, Honorable Concejo Deliberante, 1960.
- *La Revolución del 80*. Buenos Aires, Plus Ultra, 1964.
- *La vida y los trabajos industriales de William Enelwright en la América del Sud*. París, Garmier, 1876.
- *Memorias e impresiones de viajes*. Buenos Aires, La Facultad, 1924.
- *Mi vida privada*. Buenos Aires, Cruz del Sur, 1944.
- *Mitre al desnudo*. Buenos Aires, Coyocán, 1962.
- *Obras completas*. Buenos Aires, La Tribuna, 1886.
- *Obras escogidas*. Buenos Aires, Luz del Día, 1953.
- *Obras selectas*. Buenos Aires, Librería La Facultad, 1920.
- *Organización de la Confederación Argentina*. Buenos Aires, El Ateneo, s/f.
- *Organización de la Confederación Argentina*. Buenos Aires, Bezanzon, 1958.
- *Pensamientos*. Buenos Aires, La Facultad, 1920.
- *Peregrinación a la luz del día*. Buenos Aires, Casavalle, 1906.
- *Peregrinación a la luz del día*. Buenos Aires, Cultura Argentina, 1916.
- *Recuerdo de viajes y otras páginas*. Buenos Aires, Eudeba, 1962.

- *Sistema económico y rentístico de la Confederación Argentina según su Constitución de 1853*. Valparaíso, El Mercurio, 1854.
- *Viajes y descripciones*. Buenos Aires, Jackson, s/f.

Bibliografía sobre Juan B. Alberdi

- Baudon, Héctor, *Urquiza y Mitre consolidan la Unidad y la Constitución Nacional*. Buenos Aires, Kraft, 1864.
- Bucich, Antonio, *Alberdi en la Asociación de Mayo*. Buenos Aires, (discurso 29/06/1937), s/e, 1937.
- Cacuri, Vicente, *La Argentinidad a través de Alberdi*. Buenos Aires, s/e, 1937.
- Cacuri, Vicente, *A través de Alberdi* (Conferencia, 1/7/1960). Buenos Aires, Ateneo Popular de La Boca. 1960.
- Cacuri, Vicente, *Alberdi, el Cid de la idea*. Buenos Aires, s/e, 1960. Conferencia.
- Cacuri, Vicente, *Alberdi*. Conferencia, Buenos Aires, s/e, 1910.
- Cacuri, Vicente, *A través de Alberdi. Conferencia*, Buenos Aires, s/e, s/f.
- Canal Feijóo, Bernardo, *Constitución y revolución*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1955.
- Canal Feijóo, Bernardo, *Alberdi. La proyección sistemática del espíritu de Mayo*. Buenos Aires, Losada, 1961.
- Carbone, Oscar, *Alberdi, Varela y Sarmiento. Tres visitas históricas de San Martín*. Buenos Aires, Instituto Nacional Sanmartiniano, 1959.
- Castorino, María S., *Formación espiritual de Alberdi*. Buenos Aires, Comisión Popular de Homenaje a Juan B. Alberdi, 1956 (f).

- Chávez, Fermín, *Alberdi y el mitrismo*. Buenos Aires, Peña Lillo, 1961.
- Cocca, Aldo, *El teatro de Juan Bautista Alberdi*. Buenos Aires, Talía, 1960.
- Córdoba, Alberto, *Bibliografía de Juan Bautista Alberdi*. Buenos Aires, A. Perrot, 1968.
- Córdoba, Alberto, *Los escritos póstumos de Alberdi ¿fueron publicados con oposición a sus últimos deseos?* Buenos Aires, Teoría, 1966.
- Davis, Harold, *Juan Bautista Alberdi. 1810-1884*. Florida (USA), University Florida, 1958.
- Díaz Cisneros, César, *Alberdi y el Derecho Internacional Americano*. Buenos Aires, Perrot, 1959.
- Echeverría, Esteban, *Dogma Socialista*. Buenos Aires, Perrot, 1958.
- García Mérou, Martín, *Alberdi, ensayo crítico*. Buenos Aires, Félix Lajouane, 1890.
- García Mérou, Martín, *Juan B. Alberdi. Ensayo crítico*. Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1916.
- García Sanabria, Arturo, *Alberdi, abogado permanente de la Patria*. Buenos Aires, s/e, 1963.
- García Sanabria, Arturo, *Nuestra liberación. El problema actual argentino visto con patriotismo por un espíritu libre*. Buenos Aires, Imprenta Comercio, 1957.
- García Sanabria, Arturo, *Genio y apóstol de la organización nacional*. Conferencia 29/8/1957. Buenos Aires, Asociación Tucumana, 1957.
- García Sanabria, Arturo, *El caudal espiritual de Alberdi*. Buenos Aires, s/e, 1964.
- Honorable Concejo Deliberante, *Antecedentes de la Asociación de Mayo*. Buenos Aires, 1939.

- Hidalgo, Alberto, *Alberdi, aspectos de una vida de luchas y pesares*. Buenos Aires, Ateneo Popular de La Boca, 1941.
- Instituto Alberdi, *Alberdi y Artigas*. Buenos Aires, De Palma, 1964.
- Kanner, Leopoldo, “Alberdi y el Tratado de Reconocimiento con España” en *Revista de Derecho Internacional y Ciencias diplomáticas*, año VIII, enero-diciembre. Rosario, Facultad de Ciencias Económicas, Comerciales y Políticas, 1960, N° 17/18.
- Kanner, Leopoldo, *El concepto de patria en Alberdi (a través de una correspondencia con Borbón)*. Rosario, 1960.
- Kanner, Leopoldo, *El derecho al silencio (un inciso que omitió Alberdi)*. Rosario, 1958.
- Laplaza, Francisco, *Las ideas penales de Alberdi en el Fragmento Preliminar al Estudio del Derecho*. Buenos Aires, Arayú, 1954.
- Ledesma, Pedro, *Evocación de Juan Bautista Alberdi*. Buenos Aires, Ministerio de Justicia e Instrucción Pública, 1942 (f).
- Lizondo Borda, Manuel, *Juan Bautista Alberdi. Su vida y su obra*. Tucumán, Imprenta Violetto SRL, 1960.
- Mayer, Jorge, *Alberdi y su tiempo*. Buenos Aires, Eudeba, 1963.
- Mayer, Jorge, *Las “Bases” de Alberdi*. Buenos Aires, Sudamericana, 1979.
- Murray, Luis, *Pro y contra de Alberdi*. Buenos Aires, Coyoacan, 1960.
- Museo Juan Bautista Alberdi, *Estudios sobre Alberdi*. Municipalidad de Buenos Aires-, Kraft, 1964.
- Olleros, Mariano, *Alberdi. “O la luz de sus escritos en cuanto se refieren al Paraguay”*. Asunción, Juan E Quell, 1905.
- Oría, José, *Alberdi Figarrillo: Contribución al estudio de la influencia de Larra en el Río de la Plata*. Buenos Aires, Coni, 1936.
- Oyuela, Ignacio, *Juan Bautista Alberdi, una conciencia anormal*. Buenos Aires, Librería de J. Menéndez, 1920.

- Padilla, Alberto, *Alberdi, su viaje por América y Europa*. Buenos Aires, Lajouanne, 1952.
- Palacios, Alfredo, *Alberdi, constructor en el desierto*. Buenos Aires, Losada, 1944.
- Palacios, Alfredo, *La comunidad iberoamericana. Bolívar y Alberdi*. Buenos Aires, Perrot, 1959.
- Pérez Taboada Manuel. *El debate constitucional. Una opinión*. (Conferencia). Buenos Aires, s/e, 1957 (f).
- Popolizio, Enrique, *Alberdi*. Buenos Aires, Compañía Impresora, 1960.
- Rebollo Paz, León, *Alberdi. Interpretación y explicación de su vida pública*. (Conferencia). Buenos Aires, s/e, 1961.
- Rivarola, Horacio, *Juan Bautista Alberdi*. (Discurso 29/8/1964). Buenos Aires, s/e, 1965.
- Rodríguez Bustamante, Norberto, *La filosofía social de Alberdi*. Buenos Aires, Universidad Nacional de La Plata, 1960.
- Rodríguez Zelada, Rómulo, *Alberdi, el indoamericano*. Buenos Aires, Allpa, 1946.
- Rojas Paz, Pablo, *Alberdi, el ciudadano de la soledad*. Buenos Aires, Losada, 1952.
- Salvadores, Antonio, *Alberdi*. Buenos Aires, Nova, 1948.
- Sarmiento, Domingo, *Las ciento y una*, Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1916.
- Toledo, Antonio, *Alberdi y la Cultura espiritual*. Buenos Aires, Impulso, 1935.
- Villarubia Norri, Manuel, *Documentos históricos del Dr. Juan Bautista Alberdi*, 2ª ed. Buenos Aires, Juventud, 1960.
- Zambonini Leguizamón, Alberto, *El mensaje de Alberdi "Gobernar es poblar"*. Buenos Aires, Museo Social Argentino, 1950 (f).

EL
IMPERIO DEL BRASIL

ANTE LA
Democracia de América

Coleccion de los últimos Escritos dados á luz

POR

Don J. B. ALBÉRDÍ

Ex-Ministro de la Republica Argentina en Paris y Londres



PARIS

IMPRENTA A.-E. ROCHETTE

72-80, BOULEVARD MONTPARNASSE, 72-80

1869

"LA EXPOSICION"

541-SARMIENTO-543

BUENOS AIRES

*Tarjeta de visita de
J. B. Alberdi*

J. B. Alberdi.

263
(662)

+ 30 -

Anexo II

Manuscritos originales

Carta dirigida a
Carlos Casavalle,
3 de febrero de 1876.
Col. Dirección
General Patrimonio
e Instituto Histórico.

París, 3 de febrero, 1876.
Señor Don Carlos Casavalle.

Muy querido señor mío,

Recuerdo mi atenta
carta del 20 de Diciembre, y
aunque no con el mismo humor,
me he consulado en pensar
que a pesar de mi partida, de
bajo de la pluma le envío en
cuyo todo se explicaba satisfactoriamente.
Le agradeceré su
atención de remitirme un
duplicado de la letra de cam-
bio que estube ya pagada, remi-
tiéndome en el acto la pagada
con acuse de haberse. No
es el mercado natural de
Lyon el día, el día de la
Plata; no porque hay. No
existe contra era sencilla mas
que contra otra otra cualquiera
de nuestra zona, más porque
allí existen algunos perso-
najes, que no quieren al

autor, y cuya presencia
han debido aprobar los
alumnos del libro apli-
cable a ellos sin estar di-
rigidos a ellos. Yo creo que
harán V. bien de enviar
a Chile y al Perú una
buena cantidad; es libro que
ha de leerse a medida que
come al tiempo. No es un
libro literario. Los juicios
que se le han hecho en
París, Londres y Berlín, son
juicios competentes, son muy
favorables. Cada uno es de
opinión que debe tradu-
cirse a su idioma. Pero
el que apenas ha podido
publicarlo en español, tiene
que esperar para recibir
sus comentarios.

Me reinita que ha
ya hecho V. caso de esas
varias habladurías nati-

dar a la libreria de Paris
a' que V. aluda. Para poder
la que estar al tanto en V.
en la modo de opinion
a' todos estos editores, le di-
re que he confiado a' la
Sr. Garnier para la impre-
sion de mi reciente libro,
- La Vida de Wheelwright -
Y que estos muy contentos
de ellos. Para que V. que
todos estos como los otros,
me han hablado siempre de
Vd. con respeto y simpatia.

Por conducto de la
misma casa de los Garnier,
le he enviado tambien
ejemplares, muy a' menudo, de
mi ultimo libro, que debe
estar ya impreso, para que
de corra vendiendo para mi
cuenta, si no quiere V.
hacerlo por la suya, don-

Dame un precio mucho
menor al costado. Tu-
que libro de historia, he-
tas la animacion y red-
vimiento de mi persona,
y no me aprieta el amor
propio de autor.

Osea que el autor
no tardara mucho en re-
cibir el libro en la di-
reccion del Plata, y un
mo de mis mayores gustos
el de conocer a V. pers-
onalmente y conocer a sus
ordenes como lo estoy de
aquí mismo con mi muy
respetuosa ofrecio con
gracias a usted '22

C. O. Albareda.

Carta dirigida a
Carlos Casavalle,
12 de mayo de 1876.
Col. Dirección
General Patrimonio
e Instituto Histórico.

Paris 12 de mayo 1876.

Señor Don Carlos Casavalle,
Querido amigo.

Muy estimado señor mío,

Lo supongo hace
algún tiempo de su interés
especial por mi libro, ^{de}
vida, y los trabajos de William
Wheelwright, por lo tanto
se agita el 16 de mayo
en el vapor del Havre,
Olivadaria, mandado a mi
Compañía por mi cuenta.
Por los St. Pierre & Frères, a
Paris. Comiendo aquí
y todo día, y espero
+ les antea tener la respuesta.

Como aquí no ha
habido mucha impresión, con
vendría haber por aquí
informar la opinión de
nuestro público sobre este
libro, es decir el fin
de la Review de Don Hardy.

263
1662

Dearest, I am my business
nothing personal, as you
know I am difficult to please
I am sure you will
be more than satisfied
P. D. S. M.

P. D. S. M.

Carta escrita por
Alberdi en Saint
André de Fontenay,
4 de marzo de 1883.
Col. Dirección
General Patrimonio
e Instituto Histórico.

S. ^t André & Fontenay,
4 de marzo 1883.

Mi querido amigo, y lo

Alas Carismas que
Le Caeza V. de mi la
comiso, como de mi
lilero!

La noticia de mi
enfermedad me ha tomado
enfame a mi mis-
mo, de una especie de
negro. en el antemano.
de mi piezo, por la
luncheon estremo de
invenio, que me ha
hecho dudar de la virtud
de las aguas de Bourbons
de St. Trichambert.

Me conmueve es que
la 2.ª cura, ha perdido la
objeto, porque ya no voy
a St. Trichambert para
tod, habiendo el Pericli
263 acontid mi venencia
(662)

Que le mande al
Montarín en octubre
an- que si el reembolso
negativo i insuficiente
del primer cargo de
mi curación terminal.

Se remite
al Dr. Urbino.

El Gobierno se
funde en mi remisión
y en la causa que
il cita en su decreto
de 15 de Enero veniente
y que el Ministro me
comunicó en los términos
mas cortés y respetuo-
sos.

En respuesta yo le
cumplimenté por haber
salido así al mal
pero en que se me dio
con la mejor intención al
mundo fue otro volar.

podría tenerse de cumplir
tan pronto? Esto contento,
excmo V.

Ahora podría dar
me el todo i. e. en
de mi mal para dar a
quel sistema si el mal
es susceptible de curar
en. En París lo ~~estaba~~
diata de nuevo y en todo
con un 2.º viaje And
— Vichy y Montluçon, pero
bastante me convencerá.

Por lo visto y
es que V. mismo no
estará lejos de buscar
un valde en la misma
dirección.

El tiempo que
hace favorablemente
habla el viaje a Par
is, sin precipitarlo,
han los riesgos de la
iniciación primaverales

hablan mas
seria largo y superfluo,

Y venen que dice
que pide que meent
en salud! por lo que
has. otros ~~simpaticos~~
y calomias.

Suyo del todo 2

Desempeñando J. D. Albornoz;
las noticias
personales. 5

van los vapores
en que no tengo
cuenta de Dobson.

Carta escrita por
Alberdi en Saint
André de Fontenay,
10 de marzo de
1883.
Col. Dirección
General Patrimonio
e Instituto Histórico.

✓ t. André de Fontenay
10 de marzo 1883.

Muy estimado señor
y distinguido amigo,

He tenido el
placer de recibir sus dos
cartas del 3 y del 5. No me
era fácil por muchos motivos
responder a como ten
ría a la última y como era
inútil responder a la an
terior, por en este modo
era supuesta de cartas viejas.

De al 5 me
dijo en circunstancias de
tener de tener en Caen
al señor Alvar, en León
y un hijo mayor, venid
a Calvados con el objeto de
hacerme una visita. La que
daron en Caen en el Hotel
de Jeanne. Me visitaron
en casa y estuvieron por
Paris. No rotamente
un 263
1662

no puede ir a visitar
a Caen, sino que cuando
viniere a verme en este
caso, no puede salir tan
to la puerta de calle
recibida, por el tiempo que
hacia de una enfermedad
indisculpable y por el
estado de mi salud. empes-
pada. — También la pater-
na de comprendiendo,
no habiéndome amado en
verdad. Si yo la hubiera
sabido, la hubiera llamado
por no haber sido sino
que diga una palabra de
recomendación de este me-
dicamento. Todavía me
heguera, fuio, granio, nie-
ve de Arabia, con brevisimo
intervalo. Hace como mi-
nos que no voy a Caen.
Pero que decir que no,
ve al mismo S.º André,
por el banco de que
vive enhiesto en este tiempo

Me confederé vi-
vante a mis amigos
sin poder verlos en
modo. Quise ir a
París. Me propu-
sieron esperar un
día aquí. Les dije que
de lo tenía un oje-
liriente y que pensaba,
¿que no me abren-
diere al ver el
tono de esta primavera
de febrero, lo peor que
he tenido en toda la
misma y como ya no
voy a Chile ni me
vengo a París ni que
inter, urgente como que
no debo a nadie mi
salud y lo peligro de
tiempo primaverales lejos
de exponerla. Es ante
este decreto a las cosas, que
se oblija al punto
hablado de en punto

a Paris, en un Ba-
cauon de l'Parc en con-
tad. So obstante V.
niere, lo pararianes
como encenados en
esta casa, cuya situacion
luctuosa la hace poco
atractiva, como lo han
visto nuestros amigos.

Veneramos mucho
el 20 ^{mediante} ~~si~~ algun oacubio
bomancible a la con, le
podria algun motivo de
venia de plan. Pero tal
como estar los, a tod
fued comprometer
menos a fijar dia para
ir a Paris. No me
convolencia en verlo a V.
mitid en un atolladero
sin objeto ni resultado.

Yo re que un
bello dia nos hemos
de ver aqui con V. a pe-
la bella estacion comience

No le parea; V
preferible retardar hasta
entonces nuestro proyecto.

Estos temas de cari-
dad por el bienestar de
Borbon, que me vine
escribiendo desde el 6 de enero,
data de un ^{período} ^{por lo demás} ^{con}
muy amable y ^{alegre} ^{pero} ^{tan}
me interrumpió una Marz.
no interrumpió la con-
fidencia con miso.

Si viniera B.
Paris, le rogaria sea mi
+ domine la adre el in-
tente. No telegram, porque
desde S. T. André no hai
telégrafo.

Ha ocurrido
un momento de releva-
cion de ministros en nues-
tro campo diplomático, de
cual ha sido el efecto
nuestra guerra, con el ^{efecto}

a mi venia que
ningun peccado ha
mencionado.

Creame siempre
tu invariable y festiva
amigo 2

V. Z. Algod.

¡Ohe mi mat
ya no le hablo! Pero
debo decirte que entre
los votos ultimos que me
parecieron de mas libe-
ridad, venian algunos que
se han ido cumpliendo
en estos dias. No estoy
tan descontento de mi
estado; pero muy contento
estoy del suyo. La friccion
es un poder de que
nunca olvidate el dis-
co de vidrio que giran
entre dos copinets de piel,
anuncia el fluido que

se identifica con la
visa, al menos en
apariencia; la estructura
ciudad.

d

Carta escrita por
Alberdi en Saint
André de Fontenay,
23 de marzo
de 1883.
Col. Dirección
General Patrimonio
e Instituto Histórico.

St André, 23 mar, 83.

Mi querido amigo y

El 20 escribí
a V. conforme a mi pro-
misa de que para ese
día le avisaría mi pa-
tid y solución del pro-
blema de mi excusión
de Papeete. Pero como en
fuer que portio' me
cant por un antiguo
morada por un nuevo
rutinario, me acordé de
la nueva decisión, que
quiere a verlos de V.
y me duele de que
esta oscuridad me tenía
remediado por el nuevo
nuevo portero, que me
de/asi mi carta vino
en un habitacion actual
de 20. - sin embargo

263
(662)

teniendo en vista la
descomposicion de mi
patrocinio anterior, o sea
conveniente. Meverich
lo acordó, pero si acor-
do.

Me preguntan
d. Paris si he escrito
de de 500 to un folleto
publicado por el Dr. Tre-
daniel sobre el Padre
Lecier con motivo de
su fin, yo entiendo
Lecier esto que el
autor me ha dado
en obra por el Correo,
y que alguna vez
viden a los que man-
tubo siempre visto mi
visto ha entendido
que debe hostilizar a
un como voluntad de
actual febrero.

Para Boston me

avira que me munde
huel correo que trae
tu carta el envio de
tu Gran Junte de
Peregrinacion por el
Pado Jemite Jordan.
Ha mucha Heado
todavia, y probable es
que ^{me} Hequen vanos.

El 22 de febrero
ha Heado un telegrama
de Concordia dñe
Cid al Presidente por
el del Cil Navaho
diciendo que se me
analiza de la view
del fondo padre P
Cim, remita ^{probado} gran
manio cubana de
con arrenio. — V.
Ve Cu al momento
as por mas que
el envio.

Deus notius
haya

Ligue again un
temps amable de
faire.

Reita in campo
dne ampo,

J. M. Alford

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

Obras de Juan Bautista Alberdi

- Bases y comentarios de la Constitución Argentina, en *Obras Selectas*, Tomo X. Buenos Aires, La Facultad, 1920.
- *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina*. Buenos Aires, Estrada, 1952.
- *Cartas Quillotanas*. Buenos Aires, Estrada, 1945.
- *Condiciones de la unión y consolidación de la República Argentina*. París, Imprenta Jacquin, 1862.
- *De la República Argentina consolidada*. Buenos Aires, La Facultad, 1936.
- Del gobierno en Sudamérica, en *Obras Selectas*, Tomo XIII. Buenos Aires, La Facultad, 1920.
- *Derecho Público Provincial Argentino*. Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1917.
- *Estudios económicos*. Buenos Aires, Imprenta Europea, 1895.
- Estudios políticos, en *Obras Selectas*, Tomo XVII. Buenos Aires, La Facultad, 1920.
- Pensamiento sobre políticas, en *Obras Selectas*, Tomo XVIII. Buenos Aires, La Facultad, 1920.
- *Sistema económico y rentístico de la Confederación Argentina según la Constitución de 1853*. Valparaíso, Imprenta y Librería del Mercurio, 1854.

Obras en general

- AA.VV., *Historia de la Literatura Argentina*. Buenos Aires, CEAL, 1967.
- Abad de Santillán, Diego, *Historia Argentina*. Buenos Aires, TEA, 1965.
- Alori, Laura y otros, *Dos siglos en la Argentina. Una interpretación sociohistórica*. Buenos Aires, Biblos, 2001.
- Álvarez, Juan, “Guerra económica entre la Confederación y Buenos Aires (1852-1861)”, en *Historia de la Nación Argentina*, tomo 8. Buenos Aires, El Ateneo, 1962.
- *Argentina 1880*. Buenos Aires, SSECC Ediciones, 1982.
- Casablanca, Adolfo, *El teatro en la historia Argentina. Desde el descubrimiento de América hasta 1930*. Buenos Aires, Edición del Honorable Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires, 1994.
- Chiaramonte, Juan Carlos, *Nación y Estado en Iberoamérica*. Buenos Aires, Sudamericana, 2004.
- Di Tella, Torcuato y otros, *Diccionario de Ciencias Sociales y Políticas*. Buenos Aires, Emecé Editores, 2001.
- Durkheim, Émile, *Lecciones de Sociología*. Lanús, Apuntes de la Cátedra Metodología II, UNLa, 2006.
- Fayt, Carlos, *El Estado liberal moderno*. Buenos Aires, Plus Ultra, 1973.
- Feinmann, José Pablo, *Filosofía y Nación*. Buenos Aires, Legasa, 1982.
- Floria, Carlos A. y César A. García Belsunce, *Historia de los argentinos*. Buenos Aires, Kapelusz, 1971.

- Fragueiro, Mariano, *Cuestiones argentinas*. Buenos Aires, Solar-Hachette, 1976. (Edición original, 1850.)
- Galasso, Norberto, *Verdades y mitos del Bicentenario. Una interpretación latinoamericana*. Buenos Aires, Colihue, 2010.
- Gallo, Ezequiel, “Las ideas liberales en la Argentina”, en *El pensamiento político argentino contemporáneo*. Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1994.
- Gibelli, Nicolás (director), *Crónica Argentina*. Buenos Aires, Codex, 1972.
- Halperín Donghi, Tulio, *Proyecto y construcción de una nación (1846-1880)*. Buenos Aires, Ariel, 1995.
- Herrero, Alejandro, *La política en tiempo de guerra. La cultura política francesa en el pensamiento de Alberdi (1837-1852)*. Buenos Aires, Ediciones de la UNLa, 2006.
- *Historia Integral Argentina*, tomo 3. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1974.
- Iturrieta, Aníbal (compilador), *El pensamiento político argentino contemporáneo*. Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1994.
- Kelsen, H., *Teoría General del Estado*. México, Editora Nacional, 1954.
- Lasky, Harold, *El liberalismo europeo*. México, Fondo de Cultura Económica, 1979.
- Levene, Ricardo (director), *Historia de la Nación Argentina*. Buenos Aires, El Ateneo, 1962.
- *Los años del daguerrotipo. Primeras fotografías argentinas. 1843-1870*. Buenos Aires, Fundación Antorchas, 1995.
- Mayer, Jorge, *Alberdi y su tiempo*. Buenos Aires, Eudeba, 1963.
- Myers, Jorge, “La revolución en las ideas. La Generación romántica de 1837 en la cultura y la política argentina”, en *Nueva Historia Argentina*, tomo 3. Buenos Aires, Sudamericana, 1998.
- O'Donnell, Guillermo, *Críticas democráticas a la democracia*. Buenos Aires, Prometeo, 2007.
- O'Donnell, Guillermo, *El Estado burocrático autoritario*. Buenos Aires, Ed. Belgrano, 1982.
- Oszlak, Oscar, *La formación del Estado argentino*. Buenos Aires, Ed. Belgrano, 1982.
- Ritzer, George, *Teoría Sociológica Clásica*. Madrid, Mc Graw-Hill, 1993.
- Saborido, Jorge, *Sociedad, Estado, Nación: una aproximación conceptual*. Buenos Aires, Eudeba, 2002.
- Sabsay, Fernando y A. J. Pérez Amuchástegui, *Génesis del Estado Argentino*. Buenos Aires, La Ley, 1973.
- Sabsay, Fernando, *La sociedad argentina. Argentina Documental (1806-1912)*. Buenos Aires, Fondo Editorial de Derecho y Economía, 1973.
- Saldías, Adolfo, *Historia de la Confederación Argentina*. Buenos Aires, La Facultad, 1911.
- Sarmiento, Domingo F., *Las Ciento y Una*. Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1916.
- Scobie, James, *La lucha por la consolidación de la nacionalidad argentina (1852-1862)*. Buenos Aires, Hachette, 1964.
- Suriano, Juan (coordinador general), *Nueva Historia Argentina*. Buenos Aires, Sudamericana, 2000.
- Vázquez Rial, Horacio, *La formación del país de los argentinos*. Barcelona, Javier Vergara Editor, 1999.
- Villarubia Norri, Manuel, *Documentos Históricos del Dr. Juan Bautista Alberdi*, 2º ed. Buenos Aires, Juventud, 1960, pp. 69-75.
- Weinberg, Félix, “La Asociación de Mayo y el Dogma Socialista”, en *Historia Integral Argentina*, tomo 2. Buenos Aires, CEAL, 1974.
- Zorraquín Becú, Ricardo, *El federalismo argentino*. Buenos Aires, Perrot, 1981.

LA
MODA
GACETIN SEMANAL,
DE
MUSICA, DE POESIA, DE LITERATURA,
DE COSTUMBRES.



Buenos-Aires.

IMPRENTA DE LA INDEPENDENCIA.

Callo de Chacabuco Núm. 19.

1838.



SUMARIO

Prólogo	3
Introducción	7
Caseros. Un final, un principio	13
El Acuerdo de San Nicolás	20
Revolución del 11 de septiembre de 1852	24
Luces y sombras de un hombre	29
El impacto de una generación	35
Selección y comentario de sus obras	38
• <i>Fragmento preliminar al estudio del Derecho</i>	38
• <i>Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina</i>	39
• <i>Elementos del Derecho Público Provincial Argentino</i>	40
• <i>Sistema económico y rentístico de la Confederación Argentina, según su Constitución de 1853</i>	42
• <i>Historia de la Guerra del Paraguay</i>	43
• <i>La República Argentina consolidada en 1880, con la ciudad de Buenos Aires por Capital</i>	45
• <i>Mi vida privada</i>	46
• <i>Escritos póstumos</i>	48
Obras literarias	49
• <i>El gigante Amapolas y sus formidables enemigos o sea fastos dramáticos de una guerra memorable</i>	50

Escritos epistolares	51
• <i>Cartas Quillotanas</i>	52
Letra original (“de puño y letra”)	53
Última voluntad	58
Desunir para gobernar	67
Principios de desunión	69
Poder local	74
Las causas de la anarquía	76
Dividir Buenos Aires para unir la Nación	83
Un gobierno general	88
Algo llamado patria	92
<i>Anexo I</i> Biblioteca Juan Bautista Alberdi	103
Bibliografía de Juan B. Alberdi	106
Bibliografía sobre Juan B. Alberdi	109
<i>Anexo II</i> Manuscritos originales	115
Bibliografía consultada	138

Esta obra de 2.000 ejemplares se terminó de imprimir en el mes de septiembre de 2010
en Artes Gráficas Papiros SACI, Castro Barros 1395, Buenos Aires, Argentina.

una publicación de



Avda. Córdoba 1556, 1º piso (C1055AAS) Buenos Aires - Argentina
Tel: 054-11-4813-9370 / Fax: 054-11-4813-5822 / ihcba@buenosaires.gov.ar

ISBN 978-987-1642-08-3



9 789871 642083

La resolución de la batalla de Caseros logró cuestionar el papel hegemónico de Buenos Aires y, como consecuencia directa de ello, su vinculación con el interior. Tras la negativa de encoolumnarse junto a las otras provincias en el marco del Acuerdo de San Nicolás, Buenos Aires se separa del resto; lo que generó casi una década de poder bifronte.

La cesión entre la Confederación Argentina y la provincia de Buenos Aires marca un hito histórico en relación con la construcción del Estado nacional. La organización general representaba una cuestión compleja, ya que el trasvasamiento de la autoridad provincial a un ámbito nacional era motivo de profundo conflicto.

En este libro se aborda el análisis de la propuesta superadora a esta situación de desintegración territorial, realizada por uno de los intelectuales argentinos más importantes del siglo XIX, Juan Bautista Alberdi y sobre aquellos primeros intentos de avanzar en una organización nacional que no es otra cosa que la constitución de un Estado centralizado.

En conmemoración de los 200 años de nacimiento de Juan Bautista Alberdi, ocurrido el 29 de agosto de 1810, ofrecemos esta publicación que contiene, además, dos anexos. En el primero se detallan los títulos que conforman la Biblioteca Alberdi, incorporada desde 1962 al Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos, que cuenta con más de 150 obras que están a consulta pública. En el segundo se incluyen cartas manuscritas por Alberdi en Francia, pertenecientes a la colección documental de la Dirección General Patrimonio e Instituto Histórico.



**Patrimonio e
Instituto Histórico**

“Año 2010 Bicentenario de la Revolución de Mayo”

Ministerio de Cultura



Buenos Aires Ciudad